

SACERDOTES PARA UN TIEMPO NUEVO



**carlos
gonzález c.**



SACERDOTES PARA UN TIEMPO NUEVO / Carlos González C., Obispo de Talca

EDICIONES PAULINAS, Santiago de Chile

SACRIBOTES PARA EN
TEATRO NUEVO-1-Caldas
González C. Oficina de Tapa

EDICIONES PAULINAS

Alameda 1626,

Casilla 3746. Teléfono 89145.

SANTIAGO DE CHILE.

INDICE

	Pág.
Introducción	7
I. ATRAVESAMOS UNA CRISIS SACERDOTAL Y UNA CRISIS ECLESIAL	9
a) Existe hoy entre los sacerdotes una situación difícil	9
b) Este cuadro se aplica exactamente a la vida religiosa	10
c) Crisis en el laicado y en la Iglesia institucional .	11
d) Diversas posiciones	11
e) Ahondando en la crisis	14
II. CRITERIOS DE SOLUCION	21
a) El problema sacerdotal o laical se requiere mirarlo en un contexto global de Iglesia. Y la Iglesia hay que mirarla en un contexto más amplio, el del mundo	21
b) Cristo, su Persona y su misión, constituye el punto de referencia para enfocar la vida sacer- dotal, religiosa o laical	25
c) Los problemas existenciales y sicológicos más que los teológicos, explican la situación actual .	28

III. TRES CAMINOS DE SOLUCION	31
a) El primer camino de solución: mirar y vivir en la fe	31
b) El segundo camino de solución: la actitud positiva frente a la vida	40
c) Tercer camino de solución: imagen sacerdotal	48
1. Aspectos psicológicos de la imagen sacerdotal	49
2. El sacerdote en relación con Cristo Resucitado	55
3. El sacerdote en relación con el Pueblo de Dios	64
4. El sacerdote en relación con el mundo	82

Introducción

En este vendaval de cambios y en una época difícil, a veces oscura, parece necesario ayudar a clarificar el rostro del sacerdote y su inserción en la Iglesia post-conciliar y en este mundo en que vivimos.

Estas páginas desean responder a esa necesidad y son el fruto de un esfuerzo del Consejo de Presbiterio de la diócesis y de muchos sacerdotes más, que han querido colaborar con un pastor de la Iglesia para iluminar y ayudar a los consagrados en el sacerdocio ministerial a fin de reencontrar las fuentes verdaderas que nos expliquen el momento que vivimos, los caminos de crecimiento y plenitud sacerdotal en nuestro tiempo.

Es un trabajo que no pretende ser definitivo ni completo. No es un catálogo de respuestas, ni una enciclopedia de temas. Es simplemente una reflexión —lo más sería posible— que quiere entregar un espíritu y canalizar la búsqueda de un sacerdocio con expresiones nuevas a un tiempo distinto, con fidelidad a una misión siempre actual y con proyecciones a un mundo diferente del que nos tocó vivir a muchos.

El Santo Padre Pablo VI ha escogido como tema para el Sínodo de Obispos de 1971: "La consideración del sacerdocio ministerial". Estas reflexiones pueden ser una colaboración a ese Sínodo en un tema de tanta actualidad y consecuencias para toda la vida de la Iglesia.

En la fiesta del Santo Cura de Ars, 8 de Agosto de 1970.

I. ATRAVESAMOS UNA CRISIS SACERDOTAL Y UNA CRISIS ECLESIAL

a) *Existe hoy entre los sacerdotes una situación difícil*

Existen sacerdotes que abandonan el ministerio. Hay cifras que pueden ser indicadoras. Entre 1962 y 1968 han solicitado ser dispensados del ejercicio de su ministerio sacerdotal, en América Latina, 661 sacerdotes, lo que arroja un 3,02% del total de 21.854 sacerdotes del continente, incluida América Central. En Francia ha sido un 1,35% y en España un 1,54% (1). Este "tranquilizador" 3% parece corresponder a una cifra más alta en Chile y es necesario tener en cuenta la ausencia impresionante de vocaciones en Seminarios y Noviciados. Además, existe el aumento de la población.

Otros se quedan en un sacerdocio con poco amor. Son los hombres que siguen externamente en el sacerdocio, pero cuyo centro de interés no es el Amor al Reino de los Cielos, no es la Persona de Jesucristo y no es el amor a los hermanos. Están centrados ya sea en el dinero, ya sea en la comodidad, en los falsos ídolos, etc. Otros miran nostálgicamente la vida de los laicos y adoran ídolos de la vida matrimonial o del orden temporal.

O tal vez no están centrados sino en su egoísmo y viven una vida sin ilusiones, sin perspectivas y sin amor. Algunos son "solterones" que celebran ceremonias o actos de culto, otros son hombres "mecanizados". Perdieron el interés por la vida y por el sacerdocio.

(1) Cfr.: "Documentation Catholique, octubre de 1969.

Es posible aplicarles la frase de Peguy: "Porque no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen ser de la gracia. Porque no tienen el valor de afrontar lo temporal, creen haber penetrado en lo eterno. Porque no tienen el valor de ser del mundo, creen que son de Dios. No son del hombre y creen ser de Dios. Porque no aman a nadie, creen amar a Dios".

Existen los *sacerdotes perplejos, desconcertados por los cambios*. Quisieran trabajar, aman a Dios y buscan el rostro del Señor con la oración, pero no saben cómo vivir una vocación en un mundo que ya es distinto. Aprecian la realidad de los cambios y no logran entender lo que sucede. Ven una juventud diferente con quien no hay diálogo y que tiene otras preocupaciones, etc.

Saben que la ruptura de marcos, de estructuras, es superior a lo imaginado y quisieran saber cómo abordar este tiempo nuevo que ha llegado.

Y se encuentran, también, *sacerdotes que han logrado encontrar una expresión actual a su ministerio o buscan caminos nuevos en forma positiva y dinámica*.

Tal vez ven los mismos problemas de aquellos que están perplejos, pero su posición psicológica y su mirada es diferente. Ven los problemas y tratan de buscar los caminos para superar las dificultades que se van presentando.

b) *Este cuadro se aplica exactamente a la vida religiosa.*

En las comunidades religiosas masculinas o femeninas el problema se puede constatar en la misma forma y con las mismas características y aún con mayor gravedad. La vida encerrada en los conventos y la fuerza de personas ancianas suele agudizar el cuadro conflictivo y difícil.

Se constata una hemorragia permanente de personas que dejan su consagración a Dios, se ven cuadros de rutina y carentes de vitalidad, se percibe la perplejidad, el desconcierto.

Existen también quienes buscan caminos nuevos en una actitud de apertura y humildad.

c) *Crisis en el laicado y en la Iglesia institucional.*

Los sacerdotes constituyen, quiéranlo o no, un eje fundamental en la vida de la Iglesia y sus reacciones influirán siempre en toda la vida cristiana.

Hoy día todas las tensiones sacerdotales han pasado a los laicos. Es notable ver, por ejemplo, la excesiva preocupación en el laicado "católico" por el celibato sacerdotal o por las dificultades entre sacerdotes o con los Obispos o de los religiosos.

Por otra parte, el laicado, al crecer y adquirir una personalidad más adulta, va influyendo también en los consagrados a Dios.

Hay una mutua y permanente comunicación y la crisis sacerdotal es también crisis laical y las angustias del laico afectan a toda la Iglesia. El laico indiferente ni apaga las tensiones ni se interesa mayormente. Pero el laico comprometido suele impacientemente acelerar la crisis y la agudiza tal vez sin saberlo.

Este conjunto de fenómenos ha producido una crisis en todas las esferas eclesiales y hemos entrado, sacerdotes, religiosos(as), laicos, Obispos, etc., en la llamada crisis de la Iglesia Institución.

d) *Diversas posiciones*

Prefiero entregar el estudio que presenta René Laurentin sobre los "cinco hombres" que hay en nuestra Iglesia. Es una presentación gráfica que habla en forma elocuente. Es un enfoque discutible, pero muestra una fotografía interesante.

"El malestar institucional es antiguo. Estaba latente y reprimido. El inicio del Concilio, al abrirse una cierta libertad de expresión, se enfrentaron dos tipos y aún no se experimentaba la necesidad de enumerar desde el "primero" hasta el "quinto" hombre, como ahora lo vamos a hacer.

1. Lo que hoy llamamos el "*primer hombre*", es el *conservador*. El que se propone salvaguardar la institución en su perennidad. "*Semper idem*" es su divisa. Lo que podría traducirse en dos formas: "*Siempre lo mismo*", o "*siempre de la misma manera*". Hoy se siente incómodo, ansioso, turbado, desamparado, y a veces desesperado. Si la Iglesia, que es esencialmente tradicional, comienza a cambiar, ¿no es esto una traición?

De esta corriente se desprendería hoy, la postura de los conservadores que a través del mundo luchan por mantener o restaurar formas preconcliares: a favor del latín y contra las modificaciones de la liturgia; a favor de los antiguos catecismos y contra los nuevos, etc.

2. El "*segundo hombre*" es el *reformador*. Pretende adaptar la institución, pero según un procedimiento legal, regular, evolutivo, sin crisis ni revolución. Aunque ganó la batalla del Concilio —una batalla amable y diplomática— el "*segundo hombre*" no está tampoco demasiado satisfecho. Tuvo que hacer componendas, quedarse a mitad de camino.

3. Poco después del final del Concilio, se identificó un *tercer tipo de cristianos*, de ningún modo nuevos, pero que proliferaba de manera inquietante: el *cristiano marginado*. El debate entre el conservador y el reformador le deja indiferente. Para él importa poco que el "*primer hombre*" conserve o que el "*segundo*" reforme la institución. La institución ya no le interesa. Le parece una superestructura sin importancia, y aun una pantalla que se interpone entre el Evangelio y su conciencia: dos valores que le bastan. El hecho nuevo es que el "*tercer hombre*" tiende a considerar su posición como superior, tiende a erigir su cristianismo de conciencia por encima de la institución que le parece asfixiante o alienante, al mismo tiempo que fuera de lo esencial. Así el "*tercer hombre*" se separa sin ruido, aunque no sin fe ni aspiraciones. Pero su vitalidad cristiana se debilita, pues la Iglesia es el cuerpo visible del Verbo encarnado. Y el miembro que se separa del organis-

mo se deteriora. El cristianismo de conciencia se vuelve con frecuencia al "cisma de conciencia". Conscientes de este peligro, muchos cristianos, interiormente afectados por la misma desilusión, reaccionan bajo dos formas que caracterizan los dos últimos números de esta catalogación.

4. El "*cuarto hombre*" es precisamente *el cristiano revolucionario*: el que desea un cambio radical de estructuras.

El reformista le parece condenado a los arreglos efímeros y a las medidas medias. Y sin embargo, está unido a la Iglesia visible, con diferencia del "*tercer hombre*". Sabe que ha sido fundada por Cristo. No quiere abandonarla. Entonces la remueve en su interior, a fin de liquidar las estructuras que le parecen contradecir o ahogar el Evangelio. Realiza "*actos*", pues las palabras le parecen "*en desuso*", "*podridas*", por los abusos que se han hecho de ellas. Los que entran en este camino lo hacen con temor. Saben que la institución es rigurosa cuando se trata de su propia conservación, y que habrá que pagar la cuenta. Delante de una autoridad dura, el compromiso del "*cuarto hombre*" equivale a un suicidio espiritual. De ahí una última solución que debemos examinar.

5. El "*quinto hombre*" es el cristiano "*subterráneo*". Como los dos precedentes, recusa las formas de la institución; como el "*cuarto hombre*", quiere permanecer en la Iglesia y transformarla. Pero no da la cara, sea por respeto o por miedo o por realismo. Sabe por otra parte, que la autoridad tolera muy bien todo lo que no tiene publicidad. Toma entonces, en la sombra, iniciativas en materia de liturgia, de ecumenismo, de compromisos políticos, sin preocuparse demasiado de las leyes canónicas. Espera elaborar así las formas de la Iglesia futura.

Hecho significativo: donde la institución es más rígida, donde el "*primer hombre*" es más vigoroso, es allí donde la Iglesia subterránea prolifera. En USA se ha desarrollado en los feudos más conservadores: aquellos en los que falta el diálogo, donde la repre-

sión es más enérgica. Buenos Aires tiene también su Iglesia subterránea, que reúne a unos cincuenta sacerdotes y cada vez más laicos. Reinventan la liturgia, con el doble deseo de expresar la Tradición y el hombre de hoy. Sus compromisos sociales y políticos están de punta.

Contrariamente a las apariencias, el fenómeno más inquietante, no es la contestación abierta del "cuarto hombre". Si, en efecto, hace ruido, queda identificada, circunscrita. Su misma publicidad le hace sufrir por todas partes contradicciones que la moderan y la rectifican. En fin, procede fundamentalmente del Evangelio y conserva la inquietud de la unidad. Más grave es la cuestión secreta y subversiva del "quinto hombre", y más aún la huída silenciosa del "tercer hombre": hemorragia invisible y considerable. Movilizar la energía para ahogar la discusión, vendría a resultar poner fuera de circuito el timbre de alarma, en lugar de remediar el cortocircuito que pone en marcha el timbre, pero también lo incendia" (1).

Estas diversas posiciones no agotan el tema ni pretenden ser totalmente exactas. Los personajes descritos coinciden con los laicos, con los sacerdotes y con los consagrados y se repiten en Europa y América Latina. Los rasgos suelen coexistir mezclados con las personas vivas que tienen mucha mayor riqueza que las categorías.

e) *Ahondando en la crisis*

Conviene mirar la raíz del problema de hoy y no parece sano disculparse mirando a personas o instituciones causantes de este cuadro. No es solución culpar a la formación de los Seminarios o a una concepción deformada de la vida. Todo eso ha influido mucho, pero estamos frente a una crisis que trasciende las personas y seguir mirando el pasado produce reacciones paralizantes que no abren cami-

(1) René LAURENTIN, *Enjeu du II^e Synode et contestation dans l'Eglise*, Ed. du Seuil, Paris, 1969.

nos reales de solución. Esa actitud es una nueva forma refinada de evasión del problema y no parece honesto seguir en esa perspectiva.

La crisis afecta a toda la sociedad y a toda la actual civilización. El Concilio nos recuerda: "No estamos en una crisis parcial, es una crisis universal que brota de las mismas raíces de la historia: es una crisis envolvente y planetaria; todo el mundo está en crisis de transformación acelerada. Hoy el género humano se encuentra en una nueva era de su historia, caracterizada por la gradual expansión a nivel mundial de cambios rápidos y profundos" (1).

Vivimos crisis ideológicas, afectivas, funcionales: "Se muda el orden de valores en el aprecio de los hombres", dice el Concilio, y de hecho estamos en una subversión de valores. Es un trance arriesgado que se presta a tremendas confusiones.

Estamos en un cambio de civilización. Esto significa que vivimos una encrucijada o ruptura entre un pasado y un futuro, entre una situación heredada del pasado y un conjunto de posibilidades nuevas que nos invaden bruscamente y lanzan a la humanidad hacia un futuro nuevo. Estamos así en una situación de crisis, en un momento ambiguo: esto puede cambiar para bien o para mal, de acuerdo a la actitud que el hombre tome.

El ser del hombre, lo ha puesto de relieve la filosofía contemporánea, es una presencia al mundo absolutamente distinta de la presencia de las cosas. Es el modo cómo el hombre experimenta y expresa su existencia, en un momento determinado de la historia, y según su cuádruple relación: a sí mismo, a la naturaleza, a los demás y al misterio del ser que lo envuelve.

Dado esto, el problema fundamental del hombre está en relacionarse adecuadamente. Tal vez la gravedad del problema actual viene de no concientizar su necesidad de relación y por lo tanto no ade-

(1) Cfr. *Gaudium et Spes*, 4.

cuarla verdaderamente; por eso se presenta como un ser indefenso, en repliegue, desenfocado, agresivo, temeroso.

Y aquí podemos encontrar una reflexión que puede ayudarnos a entender mejor la actual crisis sacerdotal y cristiana: una de las raíces del problema, y no la menor, ha consistido en mirar muchas veces el cristianismo como una ideología más, y no como una fe, como un sistema humanitario, filosófico, político, en competencia con otros, y no como una experiencia personal y vivencial en relación con alguien que ha marcado nuestra existencia desde lo más hondo.

El sacerdocio que entra en crisis, es el que vive todo sacerdote. Pero el sacerdocio que se hunde, es tal vez el que sólo ha comprometido el "hacer" y no el ser personal. Cuando este "hacer" no se ve claro, si el sacerdocio sólo consiste en un hacer, termina; si el sacerdocio consiste en un "ser", el hacer se busca, hay posibilidades de crearlo, de renovarlo, de adecuarlo de otro modo a otro tiempo distinto. Es como en el matrimonio: cuando se le hace consistir en un "programa de vida", y ese programa vacila, vacila y se hunde el compromiso matrimonial. Cuando ha consistido en una consagración definitiva, la fuerza del amor y del ser, la fuerza de la vida en unión con... logra descubrir los nuevos modos de expresión, en el orden del "hacer", de esta voluntad de donación. Un matrimonio que no parta de ahí, tiene un compromiso frágil y destinado a la muerte. Un sacerdocio que no parta de ahí, del misterio de una donación absoluta y perenne a Cristo, cuyo servicio e intimidad se ha elegido, está destinado a quebrarse.

Estamos en un tiempo en que se tiende a terminar con la figura abstracta sacerdotal, donde hay un quehacer ya establecido en los manuales, y donde todo está pensado y previsto. Este molde impersonal se ha roto. Y esto es lo que constituye un desafío y una esperanza. Esto es lo que en parte explica las cosas actualmente. Por eso nuestro tiempo

es un llamado al poder creador de nuestros sacerdotes, y de esperanza a la vida sacerdotal cuando ella descansa en una consagración del ser y del quehacer de cada sacerdote.

En esta mutación de la escala de valores vamos llegando a una radicalización de los problemas y las preguntas que hoy surgen son de tipo absoluto: ¿Qué significa la fe para el hombre de hoy día?, o ¿qué lugar tiene la Iglesia como institución en el mundo?

Estas dos preguntas o algunas otras de ese tonelaje están buscando respuesta en muchos hombres de nuestro tiempo, incluidos los sacerdotes consagrados a Dios, las religiosas y los religiosos.

No son preguntas parciales o circunstanciales. Hoy día se lucha por la integración de todo en la vida y tantas diferencias sutiles de otros tiempos ya no tienen valor.

Hemos entrado en un tiempo que busca la coherencia, la unidad total, los contextos globales y es allí donde se produce la gravedad del drama actual.

“La crítica más demoledora que podría hacerse de la civilización moderna es que, aparte de sus crisis y catástrofes fraguadas por el hombre, no es *interesante* humanamente.

Al final, esta civilización sólo puede producir un hombre masa: incapaz de elegir, incapaz de actividades espontáneas y autodirigidas; en el mejor caso, paciente, dócil, disciplinado para el trabajo monótono en grado casi patético, pero cada vez más irresponsable, porque cada vez tiene que elegir menos; en fin, una criatura gobernada sobre todo por sus reflejos condicionados, el tipo ideal deseado, aunque nunca totalmente conseguido, por la agencia de publicidad, y las organizaciones de ventas de los negocios modernos, o por las oficinas de propaganda y de planificación de los gobiernos totalitarios y semitotalitarios. El encomio más generoso de tales criaturas es: ‘no molestan’. Su mayor virtud: ‘No se engríen’. En definitiva, esa sociedad sólo produce dos grupos de hombres: los condicionadores y los

condicionados, bárbaros activos y bárbaros pasivos" (1).

En un breve artículo titulado "Why Socialism", dijo Einstein: "He llegado ahora al punto en que puedo indicar qué constituye para mí la esencia de la crisis de nuestro tiempo. Afecta a las relaciones del individuo con la sociedad. El individuo es más consciente que nunca de su dependencia de la sociedad; pero no considera esa dependencia como una partida positiva, como un vínculo orgánico, como una fuerza protectora, sino más bien como una amenaza a sus derechos naturales y aun a su existencia económica. Además, su posición en la sociedad es tal, que constantemente se acentúan las tendencias egoístas de su carácter, mientras sus tendencias sociales, que por naturaleza son más débiles, se debilitan progresivamente. Todos los seres humanos, cualquiera que sea su posición en la sociedad, sufren a causa de ese proceso de debilitamiento. Prisioneros sin saberlo de su propio egoísmo, se sienten inseguros, solitarios y privados de su ingenuo, sencillo y natural goce de la vida. El hombre puede encontrarle sentido a la vida, aun siendo como es corta y peligrosa, únicamente consagrándose a la sociedad"(2).

"Nuestra cultura es quizá la primera cultura totalmente secularizada de la historia. Hemos renunciado al conocimiento de los problemas fundamentales de la existencia humana y a todo interés por ellos. No nos importa el sentido de la vida, ni su solución; partimos de la convicción de que no hay más finalidad que invertir la vida fructuosamente y pasarla sin grandes contratiempos. La mayoría de nosotros cree en Dios, y damos por sentado que Dios existe. El resto, que no cree en Dios, da por sentado que Dios no existe. De cualquier modo, se toma a Dios por cosa admitida. Ni el creer ni el no creer producen noches de insomnio ni ningún interés serio.

(1) L. Mumford, *The Conduct of Life*, citado por Erich Fromm, *Sicoanálisis de la sociedad contemporánea*, pág. 186, Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

(2) Erich Fromm, *Sicoanálisis de la Sociedad contemporánea*, pág. 194.

En realidad, no hay ninguna diferencia entre que un hombre de nuestra cultura crea en Dios o no crea, lo mismo desde un punto de vista psicológico o religioso. En ambos casos, no se preocupa ni de Dios ni de la solución del problema de su propia existencia. Así como el amor fraternal ha sido reemplazado por la equidad impersonal, Dios ha sido transformado en un remoto Director General del Universo, S.A. Usted sabe que está allí, que dirige la representación (aunque probablemente se haría lo mismo sin él); usted no lo ve nunca, pero percibe su dirección, mientras usted está "haciendo su papel" (1).

En épocas anteriores se luchaba y se disentía por una verdad, por algún dogma. Hoy día es la concepción total de la verdad y de la vida las que están en juego.

Y es en ese contexto en donde es posible mirar la crisis sacerdotal. El sacerdote por su misión y definición recibe todo el impacto de esta revolución total.

"El sacerdote es el encargado de las cosas indefinidas", dice en forma hiriente Huxley y en el fondo de verdad de este pensamiento se logra entender mejor el cuadro sacerdotal.

"El sacerdote tiene la impresión de estar dislocado, o de que ni siquiera hay un puesto para él. No llega a situarse con claridad, ni ante los cristianos laicos, ni ante el mundo moderno. Se cree representando un personaje con el que no coincide perfectamente; se siente por su función, su formación, ¿también su fe?, un arcaico, un desadaptado, un tipo extraño. En principio hace la tarea más útil de todas; y, sin embargo, tiene la impresión, que le abate, de ser inútil. Da vueltas en su cabeza para saber quién es. Es cierto que tiene la respuesta de los teólogos; pero encuentra que esa respuesta es dudosa. Después de siglos la teología no manifiesta mucha seguridad sobre el sacerdocio.

(1) Ib., pág. 150.

Se le podría recordar que su misión es sagrada y "que Dios le dará todos los recursos necesarios con tal que él sepa corresponder a la gracia". Lo cree, quiere creerlo, quiere desesperadamente creerlo. Pero lucha contra el vértigo; le parece que no pisa terreno firme, que puede hundirse en un derrumbamiento completo.

Entonces se lanza por caminos dudosos, de tanteo, hace experiencias, se arriesga; se convierte en un solitario del espíritu, su unión a la Iglesia y a la fe dejan de aparecer con claridad ante sus ojos. Su malestar va en aumento. Lucha por no ser abstracto, irreal, inútil, como un fantasma, y esto puede darle la sensación de haber encontrado la verdad y la razón de vivir; pero, en realidad, se aleja cada vez más de una imagen del sacerdocio que había recibido, y se siente extraño en la Iglesia, a la que quiere sincera y apasionadamente servir.

A veces aparece la idea de que pueden hacer más por la Iglesia como laicos que como sacerdotes. Lo más grave es que los sacerdotes llevan dentro esta idea cuando tienen dudas sobre su sacerdocio. Cierta que resisten, y es digna de admiración esta heroica fidelidad; pero hay que comprender que es muy poco apta para suscitar vocaciones" (1).

Es un círculo vicioso. El sacerdote está encerrado o ahogado en sí mismo con problemas reales que no lo dejan respirar o salir adelante.

(1) Mauricio Bellet, *Crisis del Sacerdote, análisis de la situación*, Ed. Declée de Brouwer, 1969.

II. CRITERIOS DE SOLUCION

Tres criterios aparecen de importancia para iniciar la búsqueda de soluciones a la actual situación.

- a) *El problema sacerdotal o laical se requiere mirarlo en un contexto global de Iglesia. Y la Iglesia hay que mirarla en un contexto más amplio, el del mundo.*

Es fundamental este pensamiento. El sacerdocio no se explica sino en función de la Iglesia. Y la Iglesia tiene sentido en cuanto está volcada al mundo, cuya responsabilidad lleva consigo desde que Jesucristo se lo entregara como tarea.

El sacerdote no es un funcionario-empleado, molesto al interior de una empresa, y donde hay que reestudiar su función para hacerlo trabajar contento y así subir la producción. La Iglesia no es una empresa en quiebra, donde el éxodo de sus promotores lleva a reunión de dirigentes para examinar el problema. El problema sacerdotal es algo más que un problema de relaciones humanas por arreglar; porque es un problema de Iglesia, hacia cuyo servicio un hombre ha asumido la donación de su paternidad, de su libertad, de su seguridad, realizadas en forma distinta. El problema de la Iglesia es algo más que el de toda institución en crisis; porque es un problema del mundo, de cuya crisis es solidaria, y para cuyo servicio existe. No se resolverá el problema sacerdotal mirándolo como un todo que en sí mismo encuentre su explicación; no se resolverá el problema sacerdotal mirándolo en función de una Iglesia que en sí misma encuentra su sentido: el

sacerdocio hay que mirarlo en función de la Iglesia, y de la Iglesia mirada y dibujada en función del mundo.

Todo enfoque que parte de "una realidad personal" o de la persona de cada sacerdote sin pensar en toda la Iglesia será un enfoque parcial y por lo tanto incompleto o incapaz de solucionar nada.

Hacer "campañas vocacionales" podrá lograr que llenemos nuestros vacíos seminarios, pero será una aparente solución, y veremos, tarde o temprano, el desinflamiento y el partir de esos jóvenes que no entraron a la vida sacerdotal con una visión clara de Iglesia total.

En esta visión global de Iglesia aparece urgente ahondar en un problema delicado: la "realización personal" y sus implicaciones en la vida sacerdotal.

Las corrientes de rebeldía, de protesta y aun de violencia contra una sociedad que ha producido un mundo técnico que tiende a crear seres anónimos o autómatas teledirigidos, tienen un fondo de verdad y son en parte, expresiones de un fenómeno que desea poner en gran relieve el valor de la persona humana. Estas corrientes muestran los recursos de que es capaz el hombre al reaccionar contra una sociedad que tiende a despersonalizarlo y hacerlo sólo un número. Es verdad que lo más grande que ha creado Dios es la Persona.

Pero cuidado: lo propio de la persona, no es su realización; expresado mejor, la realización personal verdadera siempre supera la propia persona. Lo misterioso de la persona humana está en que lo que lo identifica consigo mismo siempre está fuera de él mismo. La persona es eminentemente un misterio de relación, de donación, de abnegación, de trascendencia. Aquí podemos entender mejor las palabras de Cristo: "Quien quiera salvar su vida la perderá, y quien la pierda por amor mío, la encontrará"; quien quiera realizar su vida, centrándola en sí mismo, se frustrará; y quien renuncie a realizarse, quien renuncie a centrarse en sí mismo, quien renuncie a considerarse como lo más importante para sí, ése,

en la consagración a otro, en el olvido de sí, ése se realizará.

Hay que distinguir entre el personalismo egoísta y el personalismo cristiano: hay un concepto de persona que en el fondo esconde un individualismo feroz: realizarme es seguir mis gustos, mis caprichos, mis puntos de vista —no por ser justos, sino por ser míos—; hay un concepto de sacerdocio que en el fondo esconde una voluntad inconsciente de egoísmo y objetivación, y que dosifica la vida sacerdotal. Esto se da tanto a nivel de sacerdote como de Obispo: el sacerdote que busca realizar “su” sacerdocio, o el Obispo que busca planificarle el sacerdocio a un hombre, según “su” manera de pensar. Ambos fallan porque ambos lo miran como un todo cerrado: el sacerdote lo identifica con sus gustos, sus puntos de vista, aceptables por ser suyos y nada más; y el Obispo lo identifica con su propio querer, sin pensar si es el querer de Cristo sobre ese sujeto. Ambos destruyen el sacerdocio por encerrarlo en sus propios querer: el sacerdote en su visión y el Obispo en la suya. Ambos se equivocan porque ambos se creen monopolizadores de la voluntad de Dios, e intérpretes exclusivos en vez de mirar ambos en la dirección del Pueblo de Dios y del mundo.

Hay un personalismo de tipo egoísta y otro que es cristiano (1). El egocentrismo se cree una subsistencia, algo en sí mismo y que busca perfeccionarse en una relación —de algo accidental— que se le agrega a lo esencial ya poseído. Esta visión es falsa, y es la raíz de tanto drama humano y sacerdotal donde, buscando realizarse, se perdió. Vino el fantasma de la liberación, y una vez gustado un poco, terminó en una esclavitud mayor.

“El modo de considerar la persona en el cristianismo es totalmente diferente. La persona es una palabra creadora de Dios. En la persona humana Dios expresa su amor. No expresa una substancia y

(1) Cfr. Haering. Renovación de la Teología Moral, págs. 189 y ss.

después le agrega una relación, sino que la substancia, el hecho de ser y el hecho de ser tal persona, le viene de una intención, de un designio divino... El hombre no es una cosa a la cual se le añade una relación con Dios... el hombre no recibe solamente una llamada de Dios, esto es quizás verdad en la experiencia psicológica. Pero en la verdad ontológica, el hombre es, en sí mismo, una llamada..." (1).

Esta es la condición humana: recibir y dar y en esta relación existe el juego fundamental del hombre. Algunos dan lo que recibieron y otros lo guardan como algo propio. El pecado se inicia al guardar para sí el don recibido.

Si el hombre parte de sí, solo de su aislamiento, jamás encuentra un equilibrio o una plenitud. Partiendo de uno mismo se llega al refugiarse en las ideas o se llega a un materialismo total.

Se requiere partir de otro, de Dios. Más que ser "otros", los cristianos llegamos a ser "de otro": del Señor y sin cambiar la personalidad entramos en dependencia de Dios y somos hijos del Padre Celestial.

Sólo abriéndonos a los otros y descubriendo a Dios en el interior de sí mismo se logra encontrar el camino a una "realización personal" verdadera.

Hay sólo una realización y una plenitud, humana y cristiana, simultáneamente. No es sano pensar en realizaciones parceladas del hombre, del cristiano o del sacerdote. La verdadera realización de las personas debe ser total o es un engaño o una frustración.

El día que un hombre consagrado renuncie a realizar "su" sacerdocio, o mejor dicho, el día que acepte que su relación está fuera de sí mismo, ese día habrá superado la crisis. Estamos en lo más hondo del misterio cristiano, la presencia de la Pascua, de la muerte-vida, cuyo ministro y servidor es el sacerdote. Es una realidad difícil porque nuestro mundo busca desesperadamente desterrar la cruz

(1) *Ib.*, pág. 190.

de la vida, y tal vez no sea erróneo pensar que el ministerio más profundo de nuestro sacerdocio —y el mejor servicio a nuestro mundo— está en hacernos hombres crucificados en este sentido y, de este modo, en situación de ser personas en el sentido más profundo desde el punto de vista cristiano.

El sacerdocio es por Dios y por el bien común. Dicho de otro modo, lo propio del ser sacerdotal está en un misterio de solidaridad con Dios y con Adán, con Cristo y la humanidad, con la Iglesia y el mundo.

Nuestro sacerdocio debe conjugar ambas solidaridades y armonizarlas en un todo complementario. Una visión individualista y no personalista nos hace oponer ambos intereses. Hay muchas vidas sacerdotales en tensión frente a un dilema: o servir a Dios o servir a Adán, o solidarizar con la Iglesia o solidarizar con el hombre. Y no nos damos cuenta que partimos de un presupuesto falso, que hay algo desviado desde un comienzo.

Es ese el gran dilema para todos los cristianos y para los ministros de la Iglesia: o se entra en una visión global y enriquecedora o nos ahogamos en visiones individualistas y pequeñas. Con la segunda alternativa toda dimensión visionaria se pierde y se entra en actitudes autocompasivas, en un narcisismo muy peligroso, se avanza en un afán de revisión, se "pone todo en cuestión" y el resultado final es una maraña de problemas en donde el hombre sacerdote se pierde en la sombra, en sus propias redes.

- b) *Cristo, su Persona y su misión, constituye el punto de referencia para enfocar la vida sacerdotal, religiosa o laical.*

Este segundo criterio de solución significa, en primer lugar, que el laico no ha de ser un hombre de vida y exigencias calcadas del sacerdote. El laico no es un sacerdote en pequeño o disminuido. Tiene su lugar propio dentro de la Iglesia. Su centro de imitación no son espiritualidades sacerdotales disminuidas y en una línea clerical.

Significa también que el sacerdote no ha de ser un hombre de vida, estilo, exigencias calcadas del laico. Vivir soñando ser laico o asumir sus funciones, es desnaturalizar el lugar propio y exclusivo que el sacerdote tiene dentro de la Iglesia y de la imitación exclusiva que de Cristo sólo el sacerdote puede hacer. Conviene destacar el hecho que el punto de referencia para una vida religiosa o sacerdotal no es el laico y viceversa.

Pero esta afirmación es negativa e insuficiente. Es indispensable, como criterio de solución, afirmar que el punto positivo de referencia y único definitivo es Cristo, su Persona y su Misión.

Es necesario destacar que el compromiso sacerdotal no se mueve sólo en el orden de las "funciones sagradas". Pareciera que las dificultades para dibujar el rostro del sacerdote radican en buena parte en haber destacado poco que él es un hombre que ha consagrado su "ser" al Señor y que esta consagración lleva consigo un "quehacer", siendo este quehacer una consecuencia del ser.

Existe una manera de mirar la vida sacerdotal de tipo "cosista" o funcional. Ser sacerdote así sólo es desempeñar ciertas funciones, ser laico es desempeñar tales otras. Hacer coincidir el ser laical o sacerdotal con una función que se desempeña es minimizar el problema, adulterar los datos y condenarse a parcializar la vida tanto del sacerdote como del laico.

La línea de demarcación de la función sacerdotal y laical hoy día se hace muy tenue. ¿Se puede decir que hay funciones no sacerdotales reservadas a un cristiano no sacerdote? Ciertamente que hay funciones reservadas en la Iglesia sólo a los sacerdotes, y para las que se requiere consagración especial. Pero parece que lo contrario no es exacto.

Y esto ha de hacernos ver que el primer compromiso de identificación del sacerdote no ha de ir tanto en la línea de la función a cumplir, sino de una persona, la de Cristo, a quien imitar en su misión liberadora del hombre.

El elemento determinante debe ser *la misión* que se ha recibido. Jesucristo dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha enviado a evangelizar a los pobres" (1). Esta es la misión del Salvador.

"Como el Padre me envió, así os envío yo" (2). Los apóstoles recibieron toda la misión de Cristo y el diácono, el sacerdote y el Obispo, han sido llamados por vocación a realizar la misión de Cristo en una dimensión especial y es en esta misión en donde se encuentra una fuerza y una línea capaz de dibujar y definir la imagen sacerdotal.

La misión —muy superior a una función— significa *gracia*, una gracia especial para realizar lo que Dios ha encomendado y, en primer lugar, significa *la gracia de la fe viva en la misión* que se ha recibido. Es una complementación, una riqueza que afecta a la persona en su totalidad, en su ser y en sus acciones.

Los hombres que han recibido esta misión son "asumidos por Dios" y son dueños de un don inmenso e inmerecido. Son hombres débiles, frágiles, capaces de distorsionar por el pecado y la falta de amor lo que recibieron gratuitamente por la pura bondad del Señor.

La idea de misión dada por Dios, y no por los hombres, con toda la riqueza de las acciones de Dios, encierra una línea de espiritualidad que no es del caso desarrollar en estas páginas que sólo están indicando criterios generales.

Hay una realidad: en la medida que un sacerdote tiene conciencia y claridad sobre la misión de Cristo que ha recibido a través de la Iglesia, en esa misma proporción le será posible encontrar caminos de solución.

El camino de comparaciones con el laicado o cualquier punto de referencia que no sea Cristo y su misión, no llevaría a soluciones reales y definiti-

(1) Lc. 4,19.

(2) Jn. 20,21.

vas. Es en la Persona del Salvador en donde se encontrará la fuente de soluciones para la vida sacerdotal.

c) *Los problemas existenciales y psicológicos más que los teológicos, explican la situación actual.*

Hay bastante buena teología. El Vaticano II y los teólogos actuales son de gran calidad. El Magisterio está en un proceso de desarrollo valioso y los esquemas de trabajo parecen valederos. Pero la crisis que atraviesan las profesiones humanas, incluido el sacerdocio, superan los esquemas y las reflexiones teológicas.

Hay realidades de siempre, situaciones que se mantienen en el tiempo.

Siempre el ser sacerdotal será un estado de tensión que pide equilibrio y mucha madurez y siempre habrá dificultades con la soledad, con la falta de comunicación.

Siempre trabajar en la formación de personas y en el corazón de los hombres será tarea difícil y se sentirá la incompreensión y el fracaso. Es duro trabajar en la fe, sin palpar o contabilizar resultados.

La inseguridad del trabajo realizado, el cansancio, el tedio pueden producir situaciones difíciles. El miedo a aceptar el misterio de la cruz que está en toda existencia sacerdotal es un miedo real y profundo.

Problemas de relaciones humanas, de autoridad, obediencia, vida afectiva, problemas de personalidades mal unificadas que revientan al enfrentarse al psicoanálisis o a la dinámica de grupos, son todos problemas propios del ser sacerdotal.

También hay situaciones nuevas, realidades propias de un tiempo, que piden enfoques diferentes.

Hemos entrado, hoy día, en una situación psicológica vivida en un marco más amplio de cambios radicales: es en una antropología nueva, donde el sacerdote quiere ser hombre como los otros, vivir

en la madurez humana, en la independencia de decisiones, en la construcción de su propio sacerdocio, participar en el esfuerzo total de liberación, en superar alienaciones, la falta de iniciativas o de imaginación, o un sacerdocio uniforme. Hoy el hombre siente como insoportable ser propiedad de alguien, hoy se quiere ser persona.

Vivimos el drama psicológico del hombre que pone un día en duda su elección definitiva porque nuevos antecedentes se le aparecen en su vida, y vivencias que sólo conocía por libros; o el fracaso que experimenta el sacerdote anciano frente a la crítica —a veces despiadada en su lucidez— por un trabajo de años y que en muchos casos no fue lo que debió ser; o la frustración que tiene el sacerdote joven, o la desilusión, al estar en el frente de choque de un mundo donde no lo entienden los de dentro de su gremio y en cuyos ensayos de presencia, honrada y bien intencionada, no confían los de fuera.

Es el hombre que no acepta los moldes en que los demás quieren ponerlo; que no acepta las imágenes sacerdotales tradicionales, o las funciones que ve como secundarias, que sabe que muchas de esas cosas deben terminar pero no sabe bien cuáles sí y cuáles no; que no se presta a revestirse de ropajes que no le convencen, pero aún no sabe cuál es el que le conviene; apasionadamente defensor de su libertad y expresión personal en el sacerdocio pero sin saber exactamente cuál es y casi solo para descubrirla, por la incomunicación o desconfianza, o prejuicio en que ve a los demás.

Y aquí empiezan los mecanismos psicológicos a actuar. La proyección en agresividades anormales, la racionalización de situaciones ambiguas, el desplazamiento a otras personas o estilos de vida que satisfacen aparentemente su tendencia sacerdotal, los problemas de evasión, de compensación o de sublimación.

Se exige una actitud nueva: enfrentar la vida con novedad para tener derecho a un lugar en el mundo.

Por temor a la lucha, al enfrentamiento sincero, al dolor que trae consigo, a las inconsecuencias o a los riesgos, por este temor no se conquista un derecho de ciudadanía y se muere lentamente. ¿No es el problema de muchos que dejan el sacerdocio, porque este sacerdocio no tiene futuro? Ciertamente, estoy convencido que no todos lo han hecho por esto; pero basta que algunos lo hayan hecho para que la Iglesia asuma su responsabilidad y busque cómo posibilitar el futuro sacerdotal. Dios no falta, es cierto. Pero no es cómplice de nuestra irresponsabilidad o cobardía.

Fácilmente algunos podrán pensar que para superar este cuadro psicológico existencial se requiere teología y ese alguien piensa bien.

Es una falta de teología, es verdad. Pero es necesaria una teología que parta más de la vida, de los acontecimientos y que teniendo en cuenta el valor de los manuales y de los tratados teológicos logre explicarlos y aplicarlos a esta realidad nueva.

Se requiere una teología seria y profunda que logre captar este cuadro nuevo y asumiendo lo bueno que tiene, sepa darle una interpretación positiva y así construir esta imagen sacerdotal que se busca.

III. TRES CAMINOS DE SOLUCION

Asistimos, en todo orden de cosas, a un proceso de cambios manejado por minorías inteligentes, audaces y muchas veces llevadas por el dinero, el ansia de poder; pero pocas veces llevadas por la verdad y el amor. Este cuadro que afecta a todos habrá que tenerlo muy presente para afrontar los caminos de solución.

Es fácil constatar situaciones ambiguas provocadas por las imágenes que crean los medios de comunicación sobre el Papa, la vida sacerdotal, los Obispos y las religiosas y religiosos. La prensa, la radio y ahora la televisión, el cine, crean imágenes formando o deformando los rostros de las personas. La Iglesia está casi indefensa, realistamente hablando, frente al fenómeno de la opinión pública manejado por algunos pocos y no siempre con criterios cristianos.

Teniendo en cuenta este hecho además del esbozo que he tratado de hacer de la situación actual y de los criterios que parecen necesarios para entrar en una búsqueda de soluciones, presento ahora tres caminos posibles para afrontar el problema: *mirar y vivir en la fe, la actitud positiva ante la vida y la imagen del sacerdocio*. Estos tres caminos son una totalidad. No es posible dejar de lado alguno de estos caminos si se desea una solución realista. Es necesario recorrerlos los tres.

a) *El primer camino de solución: mirar y vivir en la fe.*

Trazaré, en primer lugar, la trayectoria que sigue toda misión de Dios y luego las consecuencias de fe que requieren hacer este camino.

1. *La trayectoria de toda misión.* Dijo el Señor a Moisés: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa... El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen; ahora pues, vé, yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto". Dijo Moisés a Dios: "¿Quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?" Respondió: "Yo estaré contigo" (1).

En el Evangelio de san Mateo, al finalizar el capítulo 9 y en todo el capítulo 10, se nos muestra exactamente la misma estructura e igual trayectoria.

El primer momento es la revelación del Señor sobre los sufrimientos, la desesperanza, la injusticia que aqueja a los hombres. "Al ver la muchedumbre, sintió compasión por ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor" (2).

Y después de la Encarnación y muerte del Cristo sabemos que no son palabras al aire y sabemos que en cada instante, cerca de nosotros y a lo largo del mundo, Cristo, el mismo del Evangelio y de la Misa, sigue sufriendo humillación, continúa pasando hambre y recibe el golpe de la injusticia y la falta de amor.

El drama del mundo y de los pobres, muchas veces lo seguimos "de lejos", como Pedro en el Pretorio de Pilatos, y no queremos ver la desigualdad de los hombres y la prepotencia de los poderosos. Vislumbramos retazos del problema humano, pero no entramos en toda la crudeza del dolor y la injusticia social.

Viene un segundo momento. El Señor envía a algunos hombres a una misión. "Anda, yo te envío

(1) Exodo 3,7 ss.

(2) Mt. 9,36.

al Faraón, para que saques a mi pueblo de Egipto". "Llamando a los 12 discípulos les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y dolencia".

Los primeros apóstoles y los santos han creído en la fuerza de esta misión; pero los que no somos santos hemos logrado sublimar esta misión a un nivel tan espiritual que no significa nada o muy poco.

Si no basta que Jesucristo se haya "hecho pecado por nosotros", ¿qué podrá convertirnos y convencernos?

¡Qué poco creemos que Dios se hizo carne y que dio de comer al pueblo necesitado y sanó a los enfermos! La Eucaristía es un signo y es también una realidad. Pareciera que nos quedáramos solamente con el signo.

Y viene el momento del miedo y Moisés, los apóstoles y en todos los profetas aparece el deseo de la huida. "¿Quién soy yo para ir al Faraón?", pregunta Moisés y en el Evangelio aparece la respuesta de Cristo: "Guardaos de los hombres porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes. Entregaré a la muerte el hermano a su hermano y el padre a su hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre... Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra... No está el discípulo por encima de su maestro... Si al dueño de casa lo han llamado Beelzebul, cuanto más a sus domésticos".

Los sacerdotes de hoy día nos quedamos en la pregunta de Moisés y tenemos temor a recorrer el camino normal que describe el Evangelio para todos los discípulos.

Tal vez queremos ser más que el Maestro y nos falta la fe para seguirlo hasta donde El quiere llevarnos.

Llega finalmente el cuarto momento: el Señor se compromete personalmente a estar al lado de su mensajero. "Yo estaré contigo"... "No tengan miedo"... "Los cabellos de sus cabezas están conta-

dos... Uds. valen más que los pájaros... confianza, yo he vencido al mundo", "Estaré con Uds. hasta el final".

Es esta la trayectoria en toda misión entregada por Dios. En el capítulo del Exodo y en san Mateo aparece en orden lógico; pero la vida y la experiencia suelen mostrar un orden diferente y será distinto en cada persona. Nuestros esquemas a veces son demasiado lógicos y cerebrales. La realidad es que en la vida humana nos encontramos a la vez en cada uno de estos momentos. Y vivimos mirando la realidad y sintiendo la inseguridad y la presencia del Cristo. Cada vez que tomamos en serio la palabra del Evangelio encontraremos el miedo, la incompreensión, la vacilación y las dificultades; pero también al final del recorrido, está la Presencia de Cristo y la gracia del Espíritu Santo y sabemos que el Señor está con nosotros.

2. *La consecuencia de esta trayectoria: vivir y mirar en la fe.* Sin una mirada de fe no tienen ningún sentido esta misión y será "la historia contada por un loco" o llegaremos a la conclusión de Sartre: "Es absurdo que hayamos nacido y también es absurdo que muramos".

¿Qué es mirar en la fe?

Mirar en la fe no es alienación o refugiarse en una existencia falsa o protegerse bajo fuerzas misteriosas. Mirar en la fe es pedir una luz distinta, en un grado de inteligibilidad, es reconocer nuestros límites y adoptar una actitud de discípulo ante la Persona de Jesucristo.

Mirar la vida en la fe es hacer entrar nuevas reglas en el juego, renunciar a entender absolutamente el mundo sin una ayuda a la que nos sometemos totalmente. Es aceptar que es un mito la categoría de "explicable absolutamente" por nosotros, y es reconocer en el corazón de nuestra inteligencia una incapacidad radical para ser maestros del sentido de la vida. Es aceptar que lo natural no es tan na-

tural y que lo explicable es muchas veces inexplicable. Es descubrir que frente a lo más radical de nuestra existencia somos ciegos y necesitamos los ojos de un amigo para conocerlo en su verdadera dimensión. Es renunciar a ser maestros de vida, y convertirnos en discípulos. Es, en el fondo, renunciar a la voluntad de poder que nos trabaja, a la tentación de absoluta independencia, es renunciar a ser como Dios y aceptar con alegría un segundo lugar.

Para iniciar una mirada en la fe habrá que tomar una actitud de pobre y se requiere entender la humildad. Sólo rechazando la actitud del rico de corazón, suficiente y poderoso, ya sea en méritos o en inteligencia, se puede entrar en los caminos de la fe.

“Dios rechaza al rico con las manos vacías”. Esta palabra bíblica se aplica al que se sienta de igual a igual con las religiones, los dioses, las ideologías y que les pasa revista a todos reservándose el supremo lujo de escoger en su enorme benevolencia la que le parece mejor servidora de él y sus intereses. Mientras miremos la fe en función de nosotros, para ponerla a nuestro servicio, mientras tengamos esta óptica, a nuestra búsqueda seguirá sólo el eco de nuestro propio silencio y de nuestra angustia.

Sólo al cambiar esta perspectiva en 180 grados se entra en las condiciones posibles para que llegue el don de la fe.

Pero hay una realidad vital y decisiva: *mirar la vida en la fe es entrar en relación personal con un Maestro, es descubrir a Jesucristo, encarnado y resucitado y viviente hoy día entre nosotros.*

La fe no es algo, es Alguien. La fe no es cualquier alguien, es Jesucristo, el Señor resucitado. La fe no es una cosa, es una presencia. La fe no es un criterio, es una relación personal. La fe no es un conjunto de verdades, es un rostro. La fe no es una receta, es un Maestro que explica. La fe no es un tranquilizante, es un amigo que invita, impulsa, exige, ayuda. La fe no es una caricatura, es una figura

enormemente real y viva. La fe no es una ideología para solucionar problemas nocionales, es un Alguien a quien seguir, con quien intimar, al cual imitar. La fe no es un punto de llegada y descanso, es un recomenzar desde otro punto de vista, y con otro, el camino de la vida. La fe no es un catálogo de recetas sobre problemas intelectuales, es un diálogo continuo con Alguien, sobre la existencia personal, el papel personal en la vida, el futuro personal en el más allá.

Mirar la vida en la fe es por lo tanto descubrir a Jesucristo, optar frente a El, entrar en su corriente, mirarle, intimar, y decidir caminar juntos toda la vida, y no es un caminar cualquiera. Cristo es "el Maestro" y permitirle entrar en la vida significa cederle el primer lugar y aceptar su invitación a seguir en un programa, en una mentalidad con un camino total.

Finalmente, para el sacerdote, mirar en la fe es entrar en la trayectoria de esa misión dada por Jesucristo y aceptar las consecuencias de entregar el Evangelio al descubrir el rostro del Señor en todos los hombres y de un modo especial en los que sufren.

No basta mirar en la fe y quedarse en una visión intelectual. Se requiere también vivir en la fe.

¿Qué es vivir en la fe?

San Pablo da la respuesta: "Para mí el vivir es Cristo y todo lo considero basura por amor a El". "Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí". "Sé a quien me he entregado y sé que no quedaré defraudado".

El Apóstol vivió en la fe y mostró un camino de fe. Entró en la misión que Dios le dio, pasó por la trayectoria que tenía su misión, sufrió el miedo y la inseguridad y logró la paz en Cristo.

Vivir en la fe es arriesgar la vida en compañía de Cristo y entrar en diálogo con su Evangelio, con su vida. Significa vivir por Cristo y según Cristo. Significa tener el corazón asimilado a las bienaventuranzas, es ser el pobre de corazón, el manso y hu-

milde, el artesano de la paz, el luchador por la justicia, el misericordioso, el que sufre hambre y sed por el reino, el del corazón con un solo Señor en su vida, el hombre libre y liberador, el hombre fecundado por la gracia y trasmisor de vida verdadera... Vivir según Cristo es aceptar el riesgo y el desafío que la única verdad que construye el mundo en su plenitud y que humaniza verdaderamente, es la que brota de las bienaventuranzas y de la locura de la cruz.

Vivir en la fe es vivir para Cristo Resucitado. Es tener al Señor nacido en Galilea y perpetuado en todo bautizado y en todo rostro humano, tenerlo como la razón última de sus esfuerzos, de sus trabajos, de sus años en la tierra. Es entrar en la gran tarea de reconciliar todo en Cristo, las cosas de la tierra y las del cielo, hasta hacer que Cristo sea todo en todos.

Vivir por Cristo Resucitado es vital porque es el único camino para que lo sagrado sea una verdadera liberación.

En la verdadera fe hay un valor que sólo enunciaré a modo de paréntesis.

Las situaciones límites suelen llevar a lo sagrado; pero hay un mundo de lo sagrado que degrada la condición humana y es alienador de las personas. Existen esferas de lo sagrado que son productos de una religiosidad antihumana y son fuente de supersticiones o de ignorancias abismantes. Sólo en Jesucristo lo sagrado deja de ser alienador o antihumano. Sin El lo sagrado es insuficiente y sólo El lo hace humanizante y liberador.

Es difícil vivir en la fe verdadera y con frecuencia se requiere la purificación de la fe y en muchos corazones la fe empieza al terminar las razones para creer y sólo cuando queda la persona del Señor, "único capaz de dar palabras de vida eterna" (1).

La fe es difícil porque es caminar por el agua y no por tierra firme o pavimentada. Es caminar en

(1) Jn. 6,68.

el riesgo, en la búsqueda y con razón se ha afirmado que la fe es una "perforación".

San Pedro "vio la fuerza del viento, se atemorizó" (1), y empezó a hundirse en su camino en el mar hacia el encuentro con Cristo. Al tener miedo perdió la fe. En nosotros pasa lo mismo.

El tener, el conservar, es todo lo contrario a la esperanza, porque el tener genera automáticamente la avaricia. Tenemos miedo a perder la fe y por el sólo hecho de tener ese miedo es que la perdemos. La fe es una vida, no es una cartera o un abrigo que se puede olvidar.

Tenemos tantos miedos que indican falta de fe. El miedo a que se derrumbe la Iglesia, por ejemplo, y al tener ese miedo deterioramos la Iglesia. No es la Iglesia la que hay que salvar o hacer crecer, es el mundo el que hay que liberar.

Hay miedo a perder el celibato y olvidamos que el celibato sólo tiene sentido si es una afirmación renovada cada día que sólo Jesucristo Resucitado es una promesa de vida que no decepciona y una afirmación y un deseo de liberación para servir mejor.

Hay diversos miedos, a perder la unidad del sacerdocio, al mundo, a perder la "vida espiritual", etc. y olvidamos que nuestra vocación y la vocación de la Iglesia es perderse, es entregarse. Pareciera que olvidáramos que el Evangelio dice que "dando se recibe", "olvidando se encuentra" y que se requiere perder la vida para encontrarla.

El vivir en la fe significa que "nuestra fe en Cristo permanezca sin grietas", como ha dicho recientemente el Santo Padre (2).

La fe sin grietas es una fe eclesial que sabe y acepta a la Iglesia como prolongación de Cristo. La fe sin grietas lleva necesariamente al *Misterio de la Cruz*, realidad misteriosa que hoy debe destacarse de un modo especial.

(1) Mt. 14,30.

(2) Discurso pronunciado en mayo de 1970.

Toda misión de Dios muestra el sufrimiento de los hombres y lleva consigo incompreensión y dolor. Salvar al pueblo del Faraón y llevarlo a la tierra prometida significó atravesar el desierto y asumir la Cruz. Igual sucede en el Evangelio y también hoy día la Salvación pasa por la Cruz. Cristo sin la Cruz no es el Cristo del Evangelio. Una cruz sin Cristo, no es una cruz que traiga vida sino que sepulta en la muerte definitiva. Un cristiano sin vivir un amor crucificado y sin asimilar en gesto de amor la cruz y la dificultad, no es un imitador del Cristo real. El Señor del Evangelio no fue un político o un místico solamente. La figura de Cristo se empobrece si sólo lo vemos como un dirigente religioso o social. Cristo el Señor fue verdadero servidor de los hombres cuando su amor fue consecuente hasta el fin. Y el final terminó con una colina que dibujaba en su horizonte un hombre crucificado. Nunca fue más valioso el servicio de Cristo ni más fecundo que en la cruz. Y nunca hubo fracaso humano más radical que en la cruz. Pero la cruz fue un signo de la victoria, locura e insensatez para los paganos, escándalo para los judíos, pero para los llamados —paganos o judíos— fuerza y sabiduría de Dios. "Porque la insensatez divina es más sabia que la sabiduría humana, y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres" (1).

En períodos como el nuestro, tal vez el mejor servicio al mundo y a la Iglesia también pasa en la imitación al Cristo humanamente fracasado y solo del Calvario, pero preparando la resurrección gracias a la consecuencia de su gesto de amor. Cultivar el sufrimiento en sí mismo, es masoquismo; pensar en un verdadero servicio sin pasar por la cruz, es ingenuidad; amar hasta la cruz, y aceptar por amor las que vengan, de donde vengan, esto es actuar como Cristo. No podemos refugiarnos aceptando todas las dificultades y problemas como cruces queridas por Dios, pero no podemos desterrar la cruz de nuestro servicio sacerdotal: será ella el signo de

(1) 1 Cor. 1,25.

que nuestro servicio es sacerdotal y cristiano. No podemos olvidar que san Pablo, modelo de vida sacerdotal, predicó a Cristo Crucificado. Y la cruz se convierte en bastón, en apoyo, al pensar menos en nosotros y más en Cristo. Fue lo sucedido a Simón Cireneo en el camino del Calvario.

Unicamente en esta fe viva, integral, eclesial y en esta fe que lleva consigo el misterio de la cruz será posible realizar la misión sacerdotal.

Es este el primer camino de solución para entrar a superar la crisis del sacerdocio y de la Iglesia. "El cristianismo no puede reducirse a una ideología o a una sociología naturalista" (Pablo VI) y el hombre o el sacerdote que no logra mirarlo y vivirlo en la fe no encontrará jamás una respuesta verdadera. Es verdad que la fe es un "don", un regalo de Dios. Al pedir este don con fe y humildad se podrá penetrar con amor en la verdad del Evangelio y del sacerdocio.

b) *El segundo camino de solución: la actitud positiva frente a la vida*

Existen actitudes o enfoques básicos frente a la vida que determinan posibilidades de encontrar soluciones o cierran toda puerta para caminos nuevos.

De hecho, con mucha frecuencia, estamos en una posición defensiva, temerosa y vacilante. Miramos demasiado el esquema mental que da seguridad y hay una nostalgia del pasado que suele determinar muchas acciones de la vida humana y de la vida eclesial.

"Ustedes, decía el Card. Suhard, no deben ser jueces cerrados o despreciativos. El juicio cristiano que les pido que tomen por costumbre es un juicio objetivo y sereno. Lo que se les pide es acercarse a su tiempo con una simpatía crítica. Una simpatía que los empujará a ver desde adentro. A entender no sólo las fórmulas sino también las intenciones. Hagan uso de su intuición y traten de hacerla coin-

cidir con los problemas. Participen efectivamente en la búsqueda y en las angustias que presenta la evolución actual y esto en todos los asuntos. . . . Pero, al mismo tiempo, tengan cuidado para que esta simpatía sea crítica: que no se vaya exaltando sin razón. Sepan colar y escoger, confrontar sus entusiasmos en la prueba de los hechos. No se apresuren demasiado en condenar y no se dejen estar, deshonestamente, ante posiciones que sientan injustas" (1).

Frente a la quiebra en movimientos apostólicos o frente a la necesaria revisión de lo que es una parroquia instintivamente se tiende a mirar la parroquia tradicional o la acción católica de Pío XII. Pensamos poco en el significado de estas situaciones nuevas y no sabemos dar pasos para una concepción audaz y creadora. Se piensa mucho en el esquema tradicional dado en los Seminarios y se busca menos una concepción nueva de un sacerdocio que sea respuesta a lo que está sucediendo en el hombre de hoy.

Sin darnos cuenta, corremos ausentes de la vida y nuestra mirada de la Historia es regresiva, con estadísticas y fechas; pero nos cuesta entender la Historia en su forma verdadera y no aceptamos que la Historia es el proyecto del futuro.

Es fácil proyectarse mal y hay demasiados cristianos sin perspectiva al futuro; casi no existe una mirada visionaria y serena hacia el mundo que vendrá.

Es notable la molestia de muchos adultos al ver que se apoya a la juventud. No logran apreciar y entender que la juventud de hoy es el futuro, el mañana. Miramos demasiado el "tiempo pasado que fue mejor" y esa visión no es ni cristiana ni verdadera.

La Iglesia debe entrar en una situación de dinamismo, al futuro, en una mirada juvenil si quiere salvar la crisis que atraviesa.

(1) Card. Suhard, *Vers une Eglise en etat de mission*, Ed. du Cerf, 1964, págs. 266-7.

De hecho, hoy día no es así.

Intelectualmente hay posiciones dinámicas y se trata de mirar al futuro; pero vitalmente la posición es conservadora y estable en un sentido peyorativo. Vivimos la inconsecuencia del que, debiendo viajar, mira el tren irse y no se sube.

"En vista de que la enajenación del hombre moderno es incompatible con el monoteísmo, podría esperarse que los pastores, los sacerdotes y los rabinos formasen la punta de lanza de la crítica contra el capitalismo contemporáneo. Aunque es cierto que se ha hecho esa crítica desde las altas jerarquías de la Iglesia Católica, y que la han hecho igualmente muchos pastores y rabinos no situados tan elevadamente, todas las iglesias pertenecen esencialmente a las fuerzas conservadoras de la sociedad moderna, y emplean la religión para mantener al hombre tranquilo y satisfecho con un régimen profundamente irreligioso. La mayor parte de ellos parece no darse cuenta de que ese tipo de religión degenerará al fin en idolatría abierta, a menos que ellos mismos empiecen por definir la idolatría moderna y por abrir la lucha contra ella, en vez de emitir juicios sobre Dios, empleando así su santo nombre en vano, en más de un sentido" (1).

Los Obispos, por lo general, tenemos conciencia de lo que se debe defender y salvar, pero no hay la misma claridad para ver los pasos que se deben dar.

Hoy es buen Obispo el que "comprende" la situación; el "que deja trabajar a sacerdotes y laicos" y se ha dicho demasiado que el rol episcopal es "confirmar" lo que ya ha sucedido.

Pasa algo semejante con sacerdotes, religiosas y laicos de los movimientos apostólicos; pero esta visión de comprensión, el dejar trabajar, el confirmar, es totalmente insuficiente.

(1) Erich Fromm, *Sicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, 1955, pág. 150.

Ya no se trata hoy día sólo de comprender, de aceptar, de dejar hacer; hay algo más profundo: se trata de tomar conciencia de que la Iglesia no puede vivir atrasada con respecto a los acontecimientos, ni siquiera en forma paralela con ellos o acompañándolos —incluso de buen grado—. Se trata de ver que a la Iglesia se le pide, y con razón, ir a la vanguardia de la vida. Y esto supone muchas cosas.

Juan XXIII fue una excepción y lo que se ha llamado el “misterio Roncalli” reside en que “creyó en la vida y este fue su rasgo genial y su fuerza”.

Jesús creyó en la vida y vino para que “tuviéramos vida en abundancia”. Sólo El pudo decir: “Yo soy la Vida”. Jesús enseña en el Evangelio a enfrentar la vida con audacia y muestra que las puertas se abren al golpear con fe y confianza.

Aparece urgente afrontar toda la vida y también la crisis de la sociedad y de la Iglesia en una actitud evangélica, de audacia, de confianza. Un gran sector de la Iglesia está paralizado por el temor y la desconfianza, porque falta creer en la vida, creer en las personas, creer en la juventud.

Indudablemente es difícil afrontar los riesgos, las tensiones, la adolescencia de un mundo nuevo; pero el sistema de esterilizar o “pasteurizar” la vida va contra el Espíritu Santo.

Los que creyeron en la vida, Abrahán, María, san Pablo, son los santos y dieron pasos importantes. Los que no creen en la vida y en lo que significa esta creencia, son quienes retardan la marcha de los acontecimientos y agudizan las crisis personales e institucionales. Creer en la vida es entender que no hay “otra vida”. Existe una sola vida verdadera que culmina en plenitud en la resurrección final.

Es verdad, en este sentido, que “la experiencia prueba que toda institución tiende a ser conservadora: su función es “institucionalizar” los valores, darles estabilidad y continuidad. También se verifica en la Iglesia que no es una realidad que escapa al fenómeno humano y está sometida a las leyes normales de la humanidad” (F. Houtart).

Hoy se pide sobrepasar una serie de "leyes normales" para entrar en un tiempo nuevo. Es este el gran desafío que debe afrontar la Iglesia. Creo y espero que el milagro se producirá.

Si queremos presentar una imagen de la Iglesia, del sacerdote que sea atrayente al hombre actual, se nos exige entrar en una actitud, no sólo intelectual, sino real, de apertura a la vida, con imaginación, con audacia, con paz.

El tema básico de la Biblia para hoy, es el tema y la experiencia del Exodo que se traduce en lenguaje cristiano en la Pascua o el Paso del Señor, y su narración es una lección de palpitante actualidad, que nos muestra caminos insospechadamente enriquecedores.

La experiencia del éxodo es ante todo la del amor consecuente de Dios por su pueblo. Es la puesta en marcha de la liberación verdadera, que significará el paso por el desierto. Es el sacar al pueblo de la falsa seguridad en que está —y con la que soñarán cuando pasen hambre— pero que ha sido comprada al precio de la libertad e independencia. Porque Dios ama a su pueblo, por eso lo lleva al desierto. No lo lleva para que sufra, sino para hacerle conquistar su libertad. Y esto supone el paso, la pascua, la muerte y la vida. La Pascua es el paso del Señor, el desgarrar de la carne, la crisis del crecimiento. Sólo si viven en la esperanza de la tierra prometida y abandonados en las manos de Dios; sólo si viven en el futuro y no en las comparaciones con el pasado; sólo si se dejan guiar ciegamente confiados en la fuerza de Dios; sólo entonces, y a este precio, podrán marchar, seguir y alcanzar la meta.

La experiencia del éxodo, es la experiencia del desierto. Y el desierto es para el pueblo el lugar de la prueba o tentación, el de la comunión y la alianza, el de la decisión o legislación de relaciones entre Dios y el pueblo.

Es la experiencia de la prueba o tentación. Es el enfrentamiento con la aventura, la aceptación del riesgo, de la inseguridad. Es la tentación a to-

mar por Dios un ser no visible, al que se le tiene temor por sus castigos, por su dureza, por sus silencios. Aarón le recuerda a Moisés (1), que el pueblo judío es "pueblo inclinado al mal". Y por lo mismo les será duro y difícil llevarlos a la tierra prometida. Estarán permanentemente en prueba. Y caerán en pecados, con las hijas de los moabitas (2), se darán a la lujuria, con las joyas tomadas a los egipcios construirán su dios, el becerro de oro, en el cual quieren descansar y al cual adorar. En el desierto, vivirán en situación de tentación y de vida difícil, y no siempre serán fieles. La apostasía de Israel es la primera que seguirá a una serie de otras a través de la historia, y un aviso a lo que estamos tentados nosotros también hoy.

El desierto es también la experiencia de la alianza y de la intimidad. A los ojos de los profetas es el tiempo del noviazgo, la época ideal a la cual se debe volver siempre. "Cuando Israel era niño yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo... Yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole en mis brazos... era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer... (3). "De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada. Consagrado a Yahvé estaba Israel, primicias de su cosecha. Quienquiera que lo coma será reo; mal le sucederá —oráculo de Yahvé" (4). Basta leer el cap. 16 de Ezequiel para entender el grado de afecto de Dios por su pueblo y la hondura de la calidad de la Alianza que con ellos hace en el Siná; y en el Exodo mismo ver la fuerza con que Dios piensa esta Alianza: "Vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (5). Y esto es signo de una volun-

(1) Ex. 32,22.

(2) Ex. 25.

(3) Os. 11,1 ss.

(4) Jer. 2,1-2.

(5) Ex. 19,5.

tad permanente, que sigue con el nuevo Israel de la Historia, que se reforzó con Jesucristo, el que entregó su sangre "de la alianza nueva y eterna" y que se cumple con la Iglesia peregrina hacia la casa del Padre y en la construcción de los cielos nuevos y la nueva tierra donde Dios "pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y El, Dios-con-ellos, será su Dios" (1).

El desierto es también la experiencia de la legislación de relaciones entre Dios y su pueblo. Pasar a ser propiedad de Dios significa pasar a tomar como propio el modo de pensar y querer de Dios. Y de ahí brota primero el Decálogo, la voluntad del Señor sobre su pueblo. Pasar a ser propiedad de Dios es pasar a tomar como propios los intereses de Dios y construir la vida según su querer. Es plantear un código que no haga de la alianza un privilegio sino una responsabilidad, no un refugio sino una fuerza dinámica, no una seguridad a gozar sino un compromiso a vivir. Será más tarde asumir las bienaventuranzas como el nuevo decálogo; será buscar hacer lo que es la voluntad del Padre, como Cristo, y hacer de ella, como san Pablo, nuestra Santificación.

Por eso, el miembro del pueblo de Dios, que tiene el privilegio de vivir la experiencia del éxodo, será un hombre de espiritualidad eminentemente pascual: con un corazón que sufre la tentación de la instalación, de los ídolos de oro, pero que tiene sus ojos fijos donde están las verdaderas alegrías, como nos hace rezar la Iglesia; con una actitud, como la del romero que, en los versos del poeta, tres cosas tenía para su viaje: los ojos puestos en la lejanía, el oído atento y el paso ligero; con una experiencia difícil pero íntima de Dios, sin cuya intimidad el viaje se hace insoportable; con una madurez para hacer propios los intereses y el querer de Dios, reflejado en el gran mandato del Señor; viviendo en la pobreza de corazón, en la fidelidad esperanzada, en el amor de testimonio.

(1) Apoc. 21,3.

Por eso el hombre que vive la experiencia del éxodo deberá presupuestar como normal, la dificultad del viaje, la inseguridad. Será alguien para quien los problemas siendo problemáticos, no son insolubles sino que más bien son situaciones, donde Dios no está ausente. Será el hombre que tomará y aceptará como parte de su situación la sequedad, la pobreza, el estado indefenso. Pero será también el que vive con el corazón libre, sin pesos, en la fe, en la comunidad. No será el francotirador, ni el rebelde, ni el hombre de corazón crispado o del sabor amargo, sino el compañero de ruta, capaz de animar — con actitud madura— las indecisiones del pueblo, y ayudar a que no se detenga ni el caminar ni se caiga en la infidelidad. Será el hombre que, bajo y con Moisés, vivirá esta experiencia teniendo a Dios como nube, como agua y como carne, tal como los israelitas del éxodo.

La figura de Moisés y su papel en el pueblo del éxodo, también es capaz de iluminar el trabajo del Obispo o del sacerdote hoy día. Es revelador descubrir la mentalidad de Dios en la formación del jefe que había de conducir su pueblo y hay allí tema para un buen programa de formación sacerdotal.

Vivir el Exodo y vivir la Pascua es entrar en una actitud ágil y dinámica en la vida, es entrar en una mentalidad de peregrinos, es abrirse a la inquietud del tiempo y buscar efectivamente caminos aún no reconocidos.

Será caminar con poco equipaje, con una gran libertad interior porque hay poco que perder... será ser fraterno, caminante que sabe que "no hay camino y que se hace camino al andar".

Llegaremos a una Iglesia con poca dominación y sin poder, pero será una Iglesia con mayor fuerza y vitalidad. Su fuerza le vendrá de su libertad.

Esta es la condición previa. Es el oxígeno necesario para vivir y crecer. Este es el camino de todos los que creen de verdad en la Pascua del Señor.

Y más que seguir pensando cómo mantener instituciones, lo que también es necesario, se nos pide

mirar más al mundo de hoy, escuchar la vida que late en el corazón de la juventud. Más que defender posiciones habrá que preguntarse qué hacer para entregar a Cristo en una forma que lo puedan entender. Más que condenar y juzgar es necesario apoyar, entender y hacer crecer. Solamente en esta mentalidad empezaremos a entrar en los caminos de solución.

Hace algunos días se publicó un documento pontificio sobre la formación sacerdotal. Documento sobrio, prudente, abierto; pero la dificultad está en encontrar una juventud interesada por Cristo y con amor a la Iglesia que pueda recibir esa formación.

No basta hoy con dar principios generales si no logramos entrar en la vida real de los hombres. Es la vida quien genera estructuras. No son las estructuras las que producen la vida.

Nuestro problema trágico no son los conservadores o los reformadores. El problema está en los "marginados" de la Iglesia, en los cristianos "subterráneos" que se fueron de la institución, de lo oficial y jerárquico.

Mientras no entremos en la espiritualidad del Exodo y de la Pascua y mientras no rompamos un esquema mental defensivo no habremos iniciado el proceso hacia una posible solución.

Estar abiertos a la vida trae muchas *consecuencias*. Tal vez menos "ideologías", menos defensas de "culturas occidentales" y mucha mayor confianza en el Cristo Resucitado. Será profundizar en la "teología del riesgo", que llevará a caminos insospechados. Tal vez esta actitud positiva traerá mucha más *alegría* y mayor *paz*, valores que hacen tanta falta entre los cristianos y entre los sacerdotes.

c) *Tercer camino de solución: imagen sacerdotal*

Gran parte de la situación conflictiva sacerdotal se encuentra en la imagen que proyecta el sacerdote, en la Iglesia y en el mundo.

Este tercer camino de solución será contemplar la persona del sacerdote no mirada en sí, sino en

relación. Sólo en esta perspectiva relacional se logrará una verdadera dimensión y será posible superar toda una concepción individualista o abstracta que ha hecho tanto daño a la imagen sacerdotal.

Concretamente, después de una mirada del sacerdocio en su aspecto psicológico, entraré en las relaciones sacerdotales con Cristo, con el Pueblo de Dios y con el mundo.

Me parece necesario indicar que sólo me refiero al sacerdote de Occidente, en régimen celibatario.

1. Aspectos psicológicos de la imagen sacerdotal.

Para todos los hombres vivir es relacionarse con los hombres y con el medio en que se actúa y en esta doble relación, con sus semejantes y con el mundo exterior que lo rodea, se va desarrollando el crecer y el desarrollo de toda vida humana. Durante muchos años la concepción individualista del hombre y del cristiano ha logrado marcar e influir en toda la sociedad. Los resultados nos han sido benéficos para la sociedad y la Iglesia.

Todo hombre es un tejido de relaciones y la enfermedad más grave de un ser humano es la "enfermedad de relación" ya se llame neurosis o sicosis. Las enfermedades de relaciones son distintos grados de corte con la realidad y con la vida.

La teología post-conciliar aporta un cúmulo de conocimientos y sugerencias para descubrir la realidad del sacerdote en su ser y quehacer; pero no basta una reflexión. Tenemos que buscar caminos para que ella pueda vivirse en la forma más adecuada y no se produzca un abismo entre la doctrina y la experiencia.

Es fundamental entrar en el mundo de las relaciones del sacerdote. Analizarlo a la luz de conceptos sico-sociológicos y así descubrir una nueva dimensión del problema sacerdotal. Tarea de primera importancia ya que es a través de las relaciones con personas, con las cosas y con Dios, como cada hombre se va humanizando, va desarrollando su pro-

yecto vital, su ser hombre, y puede participar activamente en la humanización de los otros.

Es innegable la realidad de un verdadero "bloqueo" en tantos sacerdotes en el plano de las relaciones. Es un bloqueo que afecta también a muchas personas de nuestro tiempo, cristianos o no cristianos, hombres o mujeres, etc.

Este bloqueo constituye una realidad global y el sacerdote no logra expandirse y crecer en plenitud. Por razones de análisis, es posible dividir esta situación en una triple crisis: crisis de identidad, de intimidad y de fecundidad.

La crisis de identidad

La crisis de identidad se expresa bien en estas preguntas: ¿quién soy yo? y, ¿cuál es mi lugar en la sociedad? Y en la medida que se encuentre una respuesta satisfactoria se logra superar el conflicto.

Es bastante común visualizar distancias considerables entre el yo público y el yo real, entre lo que se hace y lo que se es. No son sólo los casos patológicos de desdoblamiento de personalidades o de multiplicidad de personajes que habitan en la misma persona. Fuera de los problemas de siquiatria hay enormes cambios socio-culturales en los últimos años y la fuerza de estos cambios ha hecho variar las funciones en la sociedad.

El sacerdote ha recibido toda la fuerza del impacto de estos cambios y debe redefinir su tarea de acuerdo a las necesidades y valores de nuestro tiempo. También se le pide asimilar las exigencias propuestas por la teología y la doctrina espiritual de la época.

Es un verdadero drama para muchos ya que encontrar el equilibrio entre lo que se es y lo que se debe llegar a ser es difícil y duro. Habrá tendencias a la rigidez y al dogmatismo y serán casi siempre expresiones de inseguridad. Tendencias que se explican por el deseo de buscar puntos de referencia que garanticen lo bueno y lo justo. Otras tendencias al modernismo y a la relativización de todo, ocultan

sentimientos de inferioridad que se compensan con situaciones extremas.

La tarea de buscar la identidad pide valentía y sinceridad. Es toda una tensión dialéctica entre lo que somos y lo que nuestro medio exige. Esta tensión dolorosa constituye una muy buena parte de la vida fascinante del hombre consagrado a Dios para servir a sus hermanos.

¿Cómo solucionar esta crisis?

Toda sociedad tiene necesidades fundamentales y organiza instituciones, crea estructuras y jerarquías que puedan responder a esas necesidades más vitales.

La sociedad entrega un *rol* a las personas. Por rol se entiende el deber que cumple cada cual en la sociedad en que vive.

Un rol lleva generalmente un *status*, más complejo que el rol. Status es el reconocimiento de los otros, que esperan algo de quien desempeña ese rol.

Con mucha frecuencia el status, o sea el reconocimiento, no está ligado a la importancia del rol y tanto el rol como el status varían en las diversas sociedades. Hoy día casi todos los roles y los status están en revisión. En los sacerdotes esta realidad es muy manifiesta con todos los trastornos que se expresan en la crisis sacerdotal que presenciamos.

La dificultad se agudiza por la necesidad que tiene todo hombre de vivir una *experiencia de pertenencia* y el deseo legítimo de ser significativo para alguien.

Al estar el rol sacerdotal en un proceso de cambio motivado por la evolución de la sociedad y por los cambios suscitados en la misma Iglesia se produce el desconcierto y la falta de seguridad. Buena parte del conflicto está en carecer de medios humanos donde participar en forma plena y allí conocer nuestra realidad. La radio y la prensa presentan una imagen controvertida del sacerdote que dificulta más todavía la estructuración de la nueva imagen que se busca.

Existe una situación de ambigüedad. Imágenes sacerdotales del pasado se mezclan con imágenes post-conciliares, y la identidad sacerdotal no logra afirmarse. Los roles no aparecen nítidos y no se puede tampoco inventar o fabricar artificialmente el nuevo rol y la nueva imagen sacerdotal.

El pluralismo de la sociedad, el paso a nuevas situaciones, hace sufrir a muchos sacerdotes y ha producido la situación de conflicto. La juventud se interesa por la vida sacerdotal, pero teme comprometerse en una vocación tan delicada y tan exclusiva en el tiempo de la mutación. El status mantiene vestigios y sicologías del pasado que no responden al nuevo rol que se vislumbra.

¿Qué hacer?

Se ve, en la fe, la urgencia de una experiencia de abandono y confianza en las manos de Dios y también aparece necesario encontrar hombres e instituciones que ayuden a encontrar esta pertenencia y resolver la ambigüedad actual.

Esta búsqueda de identidad tiene que ser realizada en una vivencia fraternal entre sacerdotes, en el encuentro y el diálogo verdadero con el laicado cristiano responsable, en la cooperación de la sociología y de los psicólogos.

No es tarea a corto plazo. Requiere oración, madurez, reflexión y colaboración de muchos.

La crisis de intimidad

Es la dificultad presente en todos los hombres frente a la relación con otros. En los sacerdotes tiene aspectos propios por el rol social que desempeñan y por la formación que han recibido.

Existe una "deformación sacerdotal" entre los sacerdotes y consagrados a Dios. Han sido formados para dar respuestas correctas en teología y moral y deben asegurar la ortodoxia; pero ha existido un descuido grave en la capacidad de relacionarse en forma amplia con personas, de diversos niveles. Es

fácil percibir problemas de timidez, mecanismos de defensa excesivos o descuido y desenvoltura también excesiva.

Relacionarse es tarea de toda la vida y se requieren años para adquirir una real libertad interior. Se crece en muy buena proporción, en la medida que la identidad es más clara y definida.

Se ve necesario una revisión sobre la comunicación y el diálogo, es indispensable ver las dificultades y la manera de enfrentar los aspectos difíciles que no marchan bien.

El relacionarse en forma adecuada es un ideal al cual se debe aspirar; pero muy raramente se llega a un estado de madurez plena. Hay desafíos nuevos, se ve necesario enfrentarse y superar los temores inconscientes, las agresividades, los deseos de posesión exclusiva, las ansias de dominio o de poder, etc. Son los aspectos que entorpecen y, a veces, inutilizan un trabajo apostólico o la vida de amistad.

Frecuentemente se percibe un juicio negativo sobre todo aquello que tenga algún matiz emocional, es visto como algo no debido o bien un subproducto ya que sobrevaloramos la actividad intelectual; lo racional nos muestra las metas a alcanzar pero es la riqueza emocional la que nos da las mayores gratificaciones de la vida. "¿De qué le sirve al hombre obtener tanta riqueza si pierde su alma?"

Es largo el camino a recorrer para que nuestro amor sea adulto, en que sepamos sentir cariño y manifestarlo en forma adecuada. Para algunos sacerdotes es una experiencia tan nueva que al sentir intimidad pierden la fuerza de la fe ya que ésta se vacía de todo contenido existencial.

Es a través de la relación como el hombre se inserta en la vida y le permite gozar de lo más propiamente humano.

Al alterarse las relaciones humanas surgen enfermedades conocidas por todos: falsos problemas doctrinales; relaciones no verdaderas, aparentes o sin diálogo; actitudes narcisistas; masoquismo. En el fondo es un egocentrismo que lleva a tener personas

a nuestro servicio o total disponibilidad. Es el uso de las personas para descargar agresividades o buscar aplausos.

Únicamente una relación madura permite una imagen adecuada de sí mismo y sólo esta relación permite arrancar de la fantasía, de lo irreal.

¿Cómo mejorar este mundo de relaciones?

Además de un crecimiento normal hasta llegar a la madurez emocional y a una relación madura con nuestros hermanos es necesaria una mirada consciente en la vida sacerdotal frente a la pobreza, el celibato y la obediencia.

En todo corazón humano siempre existirán tres grandes deseos: ser poderoso, tener un amor exclusivo y ser libre de toda dependencia.

El sacerdote célibe que busca la pobreza evangélica y trata de prolongar el sacerdocio del Obispo exige lo mejor del hombre y es por eso que deberá revisar las motivaciones y comportamientos frente a tres tipos de personas en la comunidad eclesial.

En primer lugar, frente a las personas de distinta autoridad ya que se ve necesaria una sana interdependencia superando actitudes de sumisión o independencia que sean síntomas de una relación inadecuada. La promesa de vivir en obediencia lleva a escuchar a aquellos que respetamos y servimos como autoridad. La configuración con el Obispo en una alegre dependencia, con iniciativas creadoras, será resultado de una gran madurez de relación.

En segundo lugar, frente a las personas de otro sexo.

Se trata de anunciar el amor de Dios a toda la humanidad y se necesita una gran libertad para dar amor y recibir amor. Sólo así es posible vivir un celibato en plenitud y así la capacidad de sublimación estará plenamente desarrollada.

Y, en tercer lugar, frente a personas de distintas culturas y moldes de pensar. Frente a los pobres y a los ricos y frente a otros sistemas de organizar

la vida. Se trata de servir sin dominar. Sólo mediante la pobreza es posible estar con todas las riquezas sin dejarse esclavizar por ninguna.

La crisis de fecundidad

Es la búsqueda de una respuesta a estas preguntas: ¿Qué hago?, ¿qué queda después de mi paso por esta tierra?, ¿para qué sirve mi sacerdocio?, ¿cómo integrarse positivamente en la historia de los hombres?

Es tal vez la crisis más sutil y profunda planteada a los sacerdotes, sobre todo al hombre de más edad. El hombre después de los 40 años es quien más siente la preocupación de su proyección humana y sacerdotal y la prolongación de los valores por los que ha luchado y dado la vida.

Una vida sacerdotal creadora y con visión, una inserción vital en el mundo y en los hombres, un trabajo interesante, etc., constituyen la respuesta a esta pregunta.

Todo hombre necesita llevar a cabo una tarea que le permita tener un lugar en la historia y en el tiempo.

La prolongación de un consagrado a Dios, la fecundidad sacerdotal, se dará en la medida en que este hombre haya encontrado su modo de comprometerse con la historia, con las situaciones y sobre todo con las personas.

“No es el modo como un hombre me habla de Dios lo que me permite determinar si en él hay fuego divino; es más bien su modo de hablar acerca de las cosas y de los hombres” (Simone Weil).

Estas tres crisis forman una sola crisis: la crisis del hombre. Ellas son propias de todos los hombres. Se solucionan en una mirada de conjunto y en la vida sacerdotal se solucionan en la fe y buscando caminos de identidad, de pertenencia y de creatividad. Con razón Freud ha dicho: “Para mí el hombre normal es aquel que sabe amar y trabajar”.

2. *El sacerdote en relación con Cristo Resucitado*

Todo sacerdote posee una relación personal con el Señor que puede analizarse en un doble aspecto: la relación personal de todo bautizado con Jesucristo y una relación especial que le proviene de su ordenación sacerdotal. Ciertamente la primera relación también está marcada por el sacerdocio ministerial y no sería sano ni posible hacer sutiles separaciones. Todo sucede en el mismo hombre que posee el sacerdocio de los laicos por el bautismo y posee un sacerdocio ministerial recibido por la imposición de las manos de su Obispo.

La relación personal con Cristo Resucitado

M. Quoist ha publicado este año un libro sobre Jesucristo y al referirse al número excesivo de reuniones o comisiones para estudiar los medios de evangelización y al pensar en los innovadores, revolucionarios y contestatarios, se pregunta: "Todo está bien y es razonable, pero, ¿cuál es la fuente de esta desbordante actualidad? Antes que toda esta búsqueda o defensa de métodos, organizaciones, ideas y aun doctrinas, ¿existe "un gran amor", una pasión por alguno, Jesucristo, contemplado en sus dos dimensiones, histórica y mística? ¿Los más revolucionarios o contestatarios son los más contemplativos, los más apasionados por Jesucristo? No se dejen engañar por la filosofía y sus ingeniosas sutilezas... en lugar de apoyarse sobre Cristo porque en "El habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (1). Entre todas las personas que se reúnen para estudiar y decidir "prioridades" y organizar la Evangelización, ya que de esto se trata en definitiva, ¿cuánto tiempo queda para anunciar efectivamente a Jesucristo? y, ¿quién hoy día anuncia a Cristo, en lugar de discutir la mejor manera de anunciarlo?

(1) Col. 2,8-9.

El que lo ha encontrado y vive transformado por este encuentro lo grita con certeza en lugar de murmurarlo de tiempo en tiempo, como pidiendo disculpas o enrojeciendo de vergüenza por anunciar al Salvador”.

Y presenta esta angustiosa pregunta: “En nuestra valiosa y laudable voluntad de cambios, ¿no estaremos arriesgando pasar al lado de lo esencial?, ¿no estaremos ahogando al espíritu de Cristo bajo el peso de sabias reflexiones, tácticas...?”(1).

Pareciera que hubiéramos olvidado que “el acontecimiento”, el único gran acontecimiento, el centro del mundo, es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Se trata del Cristo total, en la dimensión histórica y de Resurrección, vivo entre los hombres y en el mundo. No puede ser un Cristo decapitado o mutilado porque ese no es el verdadero Señor.

Y más que técnicos o propagandistas de una ideología o de una Persona se pide a los cristianos, y especialmente a los sacerdotes, que sean *los testigos del Cristo Resucitado*, aquellos que han tenido una “experiencia” vital del Señor. Es algo que no se aprende en los libros y sólo se entiende en la oración vital, en la meditación del Evangelio, en la Eucaristía.

En otra forma: se requiere la conversión a Cristo y una experiencia cristiana verdadera. Es decir, se trata de tener un amor exclusivo. Se trata de descubrir que Cristo es interesante, que seguir a Cristo justifica y da plenitud a una vida humana, que hay un amor fascinante que descubrir, contemplar, hacer carne en nosotros, aceptar y prolongar en nuestra vida. Poder decir como Pablo: “Para mí, vivir es Cristo”, “ser su servidor en cadenas”, repetir como Juan que lo que palparon nuestras manos, lo que vieron nuestros ojos y escucharon nuestros oídos, esto es lo que anunciamos; descubrir a Cristo como es, no parcializar su imagen ni seguirlo como líder

(1) Michel Quoist, *Le Christ est vivant*, Les éditions ouvrières, p. 129, 1970.

o místico, o maestro solamente, sino como el Señor. Descubrir en Cristo "la" vida. Hacer la experiencia siempre serena y definitiva que hizo el ciego de nacimiento después de haber sido sanado por Cristo y haber sido expulsado de la sinagoga por ser consecuente con la verdad —buscado intencionadamente por Cristo mismo—: encontrar a Cristo, creer en él, luego de haber sufrido. Cristo antes que un programa o una visión es una amistad y una alegría. Esto hay que experimentarlo. Sólo así cuando lleguen nuestras crisis podremos decir como Pedro cuando pasó de la fe infantil a la adulta en la multiplicación de los panes: "Señor, ¿a quién iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna".

Cuando no se entra en un camino de conversión verdadera —que durará toda la vida; viene el desdoblamiento, la tragedia del hombre con un rol y su corazón no en ese rol sino en otra parte, el distanciamiento entre el lugar oficial del corazón y el lugar verdadero, el desgarramiento permanente entre el ser y el aparecer que lleva a tanto conflicto humano. Y cuando no se entra en este camino de conversión primera y más fundamental, Cristo es desvirtuado y convertido en objeto, en refugio, en bandera de lucha, en protector de ideologías, en máscara donde se esconden nuestras perspectivas humanas. Y el sacerdote que no entra en esta visión, se hace acreedor de las más terribles frases de Cristo en san Mateo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble más que vosotros" (1).

Sin esta visión y esta relación vital no tiene ningún sentido el sacerdocio y mucho menos el celibato que se explica por amor a Cristo y al Reino de los cielos. Y es útil recordarlo para ver los problemas sacerdotales que suelen ser causados por la ausencia de esta realidad.

Como Obispo de la Santa Iglesia y sucesor de los apóstoles espero no entregar el sacerdocio a nin-

(1) Mt. 23,15.

gún hombre que no haya llegado a esta relación personal y viva con Jesucristo.

Ordenar a un sacerdote que no sea un "testigo" de Jesucristo Resucitado es un contrasentido y es una profanación del sacerdocio.

Tendremos tal vez menos sacerdotes en el futuro; pero serán los profetas de su tiempo y los Testigos de Jesucristo. Los futuros sacerdotes deben ser contemplativos de la Palabra y con una vivencia del Cristo total, sin mutilación de ninguna especie.

Y, ¿qué pensar de los sacerdotes actuales que no tienen esta mirada y no son los testigos de Cristo Resucitado?

Algunos dejarán el ministerio por honradez y es de esperar que muchos vuelvan a lo esencial y acepten que "Cristo es la respuesta total a nuestra pregunta total".

Otros posiblemente seguirán marcando el paso y serán los eternos funcionarios que han traicionado o asesinado al sacerdocio de Cristo por no querer ver los valores verdaderos. Serán la gran cruz de la Iglesia y ocultarán a tantos hombre de buena voluntad el rostro de Cristo que tenían que entregar por una llamada misericordiosa de Dios.

Es interesante el pensamiento de un laico cristiano: "Los cristianos harían mejor en agruparse alrededor de lo esencial, que es Cristo, y en decir a sus sacerdotes: ¡Apúrense! Preparen estructuras eclesíásticas entre las cuales se sientan más aptos para predicar el Evangelio. Dejen de hablarnos de sacristía y de vida privada: háblennos de Cristo. Sólo esto nos interesa y puede salvarnos. ¡Apúrense!" (Gilbert Cesbron).

El sacerdote y Jesucristo en relación a la realidad sacerdotal

Ser sacerdote significa una misión y Cristo es el primer enviado: "Como el Padre me envió... así os envió Yo a vosotros".

Nuestro Señor Jesucristo es el único sacerdote perfecto. No es el primero de una serie y la misión

de los sacerdotes no es reemplazarlo a El con su consentimiento.

Cristo es el único mediador y sólo El colocó el puente entre Dios y los hombres: "La mediación sacerdotal está antes que intervenga el sacerdote. El ministro aparece en una Iglesia constituida, en la posibilidad de una salvación ya ofrecida y el rol del ministro no es crear esta posibilidad, sino simplemente ofrecerla. El acto salvador es único y pueden haber ministros para actualizar esta salvación en el tiempo y en los hombres.

Jesucristo tiene prioridad absoluta de la mediación perfectamente lograda por El sobre los servicios ministeriales" (1).

No significa que el sacerdote sea un simple repetidor de un hecho ya superado porque cada sacerdote en su ministerio actualiza y le da una existencia nueva al acto salvador de Cristo.

Y, ¿de dónde le viene esta misión y este poder?

No es un diputado elegido por el pueblo ante Dios. Es un hombre que, bajo la unción del Espíritu Santo, recibe la misión del Cristo prolongado, misión para la predicación total del Evangelio, para la Eucaristía y para ser guía y pastor del Pueblo de Dios.

Ha recibido una vocación de Dios y un sacramento a través de la Iglesia. Su ministerio va mucho más allá de realizar una función y es creador de una existencia nueva.

Esta vocación, este sacramento y esta existencia nueva lo constituyen representante de Cristo, cabeza de la Iglesia y es en esta unión capital con Cristo en donde se establece esta relación nueva con el Señor.

La *capitalidad sacramental*, la unión a Cristo Cabeza de la Iglesia, constituye la "diferencia esencial y no sólo gradual" que separa al laico del sa-

(1) A. Manaranche, *Prêtres à la manière des apôtres*, ed. du Centurion, 1966, París, pág. 476.

cerdote que el Concilio ha destacado en forma muy decisiva (1).

Esta unión capital con Cristo constituye el sacramento definitivo e irrevocable del sacerdote que supera el tiempo y todas las circunstancias. Se es sacerdote para siempre, más allá de la fidelidad y más allá de la muerte. La Iglesia puede dispensar el ejercicio de esta misión y ese hombre podrá reintegrarse plenamente a la vida laical, pero siempre será sacerdote configurado con Cristo, el único mediador.

Un sacerdote puede perder la fe, ser un gran pecador; pero siempre llevará consigo el sello indeleble de su unión capital con el Señor.

Cristo no utiliza a un hombre para que realice algunas funciones, ha querido consagrarlo eternamente y ha entregado la misión de prolongarlo en forma permanente.

Es en la ordenación sacerdotal en donde ese hombre, débil y frágil como todos, es configurado con Cristo como cabeza de la Iglesia. Y es esta capitalidad sacramental la que entrega el sacerdocio jerárquico que supone una identificación especial con Cristo.

En la mente de Cristo, sus apóstoles reciben un trato especial. Ellos forman claramente una jerarquía. Hay una pedagogía en la relación de Cristo con sus apóstoles donde se le ve nítidamente preparándolos para ser testigos y responsables de algo especial dentro de su misión. Pasan a ser una jerarquía primero de testimonio: son los testigos de Cristo, los que viven en la intimidad con él, los que reciben el sentido oculto de sus parábolas, los que "han estado con El desde el comienzo", los que gozan de una situación especial que será más tarde requisito para designar a Matías como Apóstol sucesor de Judas. Hay una jerarquía de testimonio, que lleva a una intimidad total con el Maestro, y a asumir un rol de cabeza en la comunidad naciente. Por otra par-

(1) *Lumen Gentium*, 10.

te pasan a ser también una jerarquía de consagrados especiales: basta ver con cuidado la elección de Matías y el hecho de la institución de la Eucaristía, siempre ligada a la institución sacerdotal el Jueves Santo en la Teología y la tradición de la Iglesia.

Lo exclusivo del sacerdocio jerárquico es *una relación peculiar con Cristo, como Cabeza, y en el orden de la Eucaristía.*

Es necesario volver a recordar: hay un solo sacerdote, Cristo. Todo bautizado participa del sacerdocio de Cristo, es representante de un sacerdocio que lo supera, que no se transmite de generación en generación como en el sacerdocio levítico. El sacerdote, bautizado o consagrado, no sucede a Cristo, no asume su rol, no lo suplanta, es su ministro; no lo reemplaza, lo hace presente. Incluso el sacerdote jerárquico no oscurece la mediación de Cristo; hay un solo mediador, Cristo Jesús; lo que hace la ordenación sacerdotal es hacer presente este mediador, en el tiempo y en el espacio.

La imitación y relación personal con Cristo es común a todo cristiano; pero lo propio y exclusivo del sacerdote es la relación personal con Cristo Cabeza (1).

La capitalidad de Cristo en la Iglesia está basada en que es el representante del Padre y hace presente su iniciativa de amor al comunicar la vida. Su capitalidad consiste en ser *origen y responsable permanente* de la vida nueva de los creyentes y de la vida de toda la comunidad. Es la paternidad por la cual los hombres pasan a ser "hijos" y "hermanos".

Esta capitalidad del Cristo Resucitado, esta iniciativa de amor, unifica y edifica la Iglesia entera; pero para que esta Iglesia nazca, crezca y viva en el espíritu que le dio su origen, se ve necesaria una representación constante y "sacramental" del Cristo que le da la vida.

La Iglesia no sería sacerdotal frente al mundo si no estuviera asegurada constantemente esta actividad y esta iniciativa de amor del Cristo.

(1) P. O., 2.

Así se explica el rol sacerdotal. Es la persona del sacerdote la que debe ser un sacramento constante de la presencia personal, vivificadora del Cristo.

El Obispo, y los sacerdotes en unión a él, hacen nacer la Iglesia viva, son los responsables constantes de que ella crezca y permanezca fiel a lo que debe ser. Son ellos, los que hacen posible que se constituya el pueblo sacerdotal, que la comunidad como tal sea para el mundo una prolongación de Cristo, una palabra de vida, como lo fue él, "para la vida del mundo". Por lo tanto, el Obispo y los sacerdotes deben ser "otro Cristo". Palabra viva, que despierta vida. La predicación y los sacramentos son caminos y expresión por los cuales pasa esta vida. Ellos son un "sacramento personal": representan a Cristo, y a Cristo como Cabeza, es decir, aquel que es primero en la donación de amor, aquel que nunca deja de amar, de buscar a los alejados, de reconciliar a los que estaban separados.

Siendo la Eucaristía el sacramento de la unidad, siendo una presencia real del Cristo y siendo "pan de vida" es el eje central de toda la Iglesia y especialmente de la vida sacerdotal.

La Eucaristía es el signo de la presencia de Cristo. Hacer la Eucaristía es hacer la Iglesia, edificarla. Y es hacer presente a Cristo sacramentalmente. Esto es propio y exclusivo del sacerdocio ministerial: hacer posible la presencia sacramental de Cristo, hacer explícita su presencia implícita en el mundo, en los hombres, en todo valor que haga más humana la relación de los hombres.

La comunidad humana se hace comunidad eclesial en cuanto se hace eucarística. Y en este trabajo el sacerdocio ministerial es irremplazable. Luchar por la comunidad humana, que no termine en una comunidad cristiana, es no darle su sentido definitivo al trabajo humano, es quedarse a mitad del camino. Y para que sea comunidad eclesial o cristiana, necesita hacerse sacramento de Cristo, tener presente a Cristo sacramentalmente. Y aquí el sacerdote juega un papel irremplazable.

Así Cristo cabeza es el centro de la vida sacer-

dotal y la imitación del Cristo, pastor, liturgo y apóstol, en la línea de la capitalidad, es lo propio del sacerdote cristiano. Así la Misa se hace el centro de su vida, su mejor aporte a la comunidad humana, su mejor servicio a los hombres, que deben convertirse en presencia y prolongación de Cristo, miembros con carácter eclesial.

Así la Misa se convierte en la cantera de edificación del mundo nuevo, y crea el espíritu indispensable para una presencia eficaz de la Encarnación, así es la Misa el acto de fraternidad y de transfiguración del hombre y del mundo. Y el sacerdote es el humilde servidor de sus hermanos y del Señor, al hacer de la Misa el aporte de su vida. Y con la Misa, y por la Misa, entra en la vida y la convierte en el Cristo, puente de unión, dinamismo y plenitud de todo lo humano.

Tal vez es en san Pablo donde es posible mirar con mayor transparencia esta relación personal y esta relación sacerdotal capital con Cristo Resucitado.

San Pablo es un modelo en este sentido. El ha engendrado a los fieles en Cristo, es el que puede re-unificar la comunidad (1), porque les ha transmitido el Evangelio; pero lo puede hacer, porque se los ha transmitido "no sólo de palabra, sino en la fuerza del espíritu", es decir, que junto con el Evangelio les ha dado su propia persona —como un padre a sus hijos— (2). Su ventaja sobre los fieles está en que nunca podrán superar su iniciativa de amor —así como los padres son los que atesoran para los hijos y no al revés.

El Apóstol es "gestor vital", "centro de unidad" y "edificador" de la comunidad real y viva de "los de Cristo". Toda la fuerza de su persona está en la relación con Cristo. "Todo es basura comparado con el Señor"; tiene "los sentimientos de Cristo" y "sabe que no será defraudado". Es un hombre identificado "plena y sanamente con el Señor Resucitado"

(1) 1 Cor. 4, 15 ss.

(2) Cfr. 1 Tesal. caps. 1 y 2.

y presenta una imagen sacerdotal valiosa para todos los tiempos.

Siempre tendrá fuerza su mensaje a Timoteo: "*Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos: ese es mi Evangelio*".

Jesucristo es la gran verdad, la única verdad que los cristianos y de un modo especial los sacerdotes, podemos entregar y en El está todo el sentido y el secreto de la vida sacerdotal y de todo el cristianismo.

3. *El sacerdote en relación con el Pueblo de Dios*

Hoy día y después del Concilio, la Iglesia es el Pueblo de Dios y todas las expresiones clásicas: "sentir con la Iglesia", "obedecer y amar a la Iglesia", superan al concepto restringido a la Jerarquía y significan una mirada que abarca al laicado, a las religiosas y a toda la jerarquía. La pirámide de la Iglesia dejó de girar en torno a la Jerarquía que ahora anhela ser un "servicio" del laicado y de todo el Pueblo de Dios.

El cambio produce crisis y tentaciones. La primera tentación es la *mutilación del Cristo* y es el individualismo que se queda en la sola relación personal con el Señor y prescinde de toda relación comunitaria.

Siempre ha existido esta mutilación del Señor con sus consecuencias de egoísmo e individualismo religioso; pero hoy día, la tentación más grave, por las consecuencias globales que trae consigo, es la *decapitación del Cristo*.

La acentuación mal proyectada de la Iglesia, Pueblo de Dios, fácilmente genera la prescindencia o rechazo de la Jerarquía. Ha producido *la crisis de la Iglesia institucional*: grieta profunda en la vida y en la fe. Es una trizadura que afecta a la identidad misma de toda la Iglesia y pone en juego todo su ser.

Se puede percibir la radicalización de esta situación crítica y las posiciones y las personas se van endureciendo y separando. Se oyen frases que dejan

que pensar en labios sacerdotales: "Los dos grandes males del siglo han sido la Iglesia Católica y el capitalismo"; "la Iglesia debe desaparecer"...

Se escuchan términos puestos en contradicción: autoridad vs. obediencia; institución vs. carisma; oficial vs. vital; ortodoxia vs. ortopraxis; libertad vs. normas; estructura vs. liberación. Lo "evangélico" se separa de lo "oficial" y es evidente que el daño y el deterioro de toda la vida eclesial es enorme.

La radicalización de posiciones se agudiza por un perfeccionismo latente o manifiesto en la nueva generación. Anhelan una Iglesia perfecta y no aceptan vitalmente una Iglesia de santos y pecadores, una Iglesia con limitaciones humanas. El sentido crítico adquiere proporciones cada día mayores. No es la crítica positiva que construye sino que, en muchos casos, es la crítica implacable, que no puede perdonar errores. Parecieran ignorar que Cristo no quiere separar el trigo y la maleza hasta el final de los tiempos y que la coexistencia de fuerzas y tensiones siempre existirá en la vida humana y en la vida eclesial.

Se exige un ritmo acelerado al proceso de cambios; pero no siempre se ve amor, misericordia y perdón. La impaciencia del corazón rompe la marcha progresiva, a veces lenta, de las personas y de la "institución eclesial".

La crisis de la Iglesia institucional se agudiza por presiones de toda índole y por una política de hechos consumados.

En toda esta impaciencia y a veces intolerancia generalmente hay buena fe y un deseo sincero de hacer avanzar el Reino de Jesucristo. Pero hay preguntas a las cuales no tengo respuestas claras y solamente las enuncio: ¿Corresponde al espíritu evangélico el método de presionar con hechos consumados? La crítica implacable, arrasante y dura de la institución eclesial, muchas veces sin amor, ¿puede ser obra del Espíritu Santo? La alergia a las estructuras que tiende a derrumbar las organizaciones, ¿será la solución para superar la tensión que invade tantos corazones?

¿Qué hacer frente a esta crisis?

Sería injusto ignorar errores, omisiones y abusos de poder en la autoridad y es torpe no entender que es necesario buscar una nueva modalidad con estructuras más ágiles y flexibles. Ha existido un exceso de burocracia y organización causante de la situación de desesperanza y de crítica. La lentitud puede desesperar. . .

Toda la crisis no es una ficción, responde a una situación realmente crítica y difícil. Es necesario abordar esta realidad. Es útil criticar fuertemente y trabajar por los cambios; pero veo algunas *condiciones para enfrentar la crisis: mirar con amor a la Iglesia* y saber que es la prolongación de Cristo. Sin amor no habrá posibilidades de solución. *Usar los métodos y la mentalidad del Evangelio*, la norma sobre la cual descansa toda la Iglesia.

Realismo: siempre habrá tensiones en la Iglesia. Como toda institución tiende a ser conservadora y mantener posiciones; pero tiene finalidades dinámicas y el choque entre finalidades e institución siempre existirá.

Sinceridad, apertura y lucidez: saber que la finalidad de la Iglesia no es mantener formas determinadas de instituciones sino más bien adaptarse a épocas diferentes.

Es vital recordar que el hombre importa más que las estructuras y que la finalidad de crear hombres nuevos es más importante que reformar estructuras.

Las mentalidades deben renovarse juntamente con las estructuras y un cambio crítico sin formar el corazón de los hombres nuevos sería una ilusión y vice-versa.

Estamos viviendo un proceso apasionante, tenso y difícil. Es un proceso irreversible y positivo. No olvidemos que "Dios no nos llama solamente a una fe individual sino a constituir un pueblo. Si debemos formar un pueblo, dar un testimonio visible sobre el mensaje divino de Redención en el Cristo, debemos por necesidad humana, beneficiarnos de una

estructura institucional para mantener una identidad.

No pretendo excusar los abusos de la institución: existen. La Iglesia "semper reformanda" vive en la humanidad y está sometida a la debilidad humana. *Pero la Iglesia-Organización debe coexistir con la Iglesia-Pueblo de Dios, las dos constituyen dos aspectos de la misma realidad, sacramento de unión con Dios y de unidad con los hombres*" (1).

El Sacerdote y el Laicado cristiano

La sociedad cambia roles, status y la misma Iglesia ha precisado en el último Concilio las funciones sacerdotales causando un impacto que afecta a toda la situación sacerdote-laico.

El sacerdote pre-conciliar era jefe indiscutible de los cristianos y su vida estaba centralizada en la entrega de sacramentos, en la Eucaristía, en los actos de culto. Hoy día esa visión ya no puede sostenerse.

La Iglesia pide cambiar una concepción "cosista" del sacerdocio e integrarse en el proceso dinámico y vital del encuentro de los hombres con el Salvador y realizar tareas fundamentales de evangelización, de catequesis y de sacramentación en una visión nueva. Y todo en una visión integrada y total. El sacerdocio en fracciones no tiene futuro y la visión parcial de la época preconciliar no puede sostenerse más.

Ahí hay una alternativa difícil: o se desea entrar en la visión nueva del sacerdocio, en un esquema mental nuevo, o se está condenado al pesimismo y a una vida negativa y sin esperanza.

Para muchos sacerdotes entrar en este proceso vivo, dinámico y ágil, es algo imposible de entender. Les resulta casi imposible romper un esquema mental rígido y ya determinado. Otros vislumbran lo que les pide la Iglesia pero no saben cómo hacerlo o no tienen valor para entrar en un rol nuevo.

(1) Francois Houtart, *L'éclatement d'une Eglise*, Ed. Mame, 1969, pág. 77.

Tanto el que no puede como el que no tiene valor han entrado en la inseguridad, en el miedo y posiblemente formen inconscientemente murallas defensivas para no ver lo que se les pide. Sin darse cuenta irá ahogando y matando su sacerdocio al no entregar lo que esperan de él los laicos.

¿Cuál es el rol sacerdotal frente al laicado cristiano?

Es el rol de Profeta que entrega la Palabra de Dios, evangeliza y educa en la fe. Es el Liturgo que está al servicio de la gracia sacramental para formar la comunidad en torno a la Eucaristía. Es el Pastor que guía y orienta al laicado para que éste asuma su rol en las tareas temporales.

El Profeta:

Hoy día, se dice, "el Sacerdote ha dado paso al Profeta" y la primera y más fundamental preocupación sacerdotal es dar la *Palabra de Dios*. Así lo ha establecido el Concilio.

Es la Palabra del Evangelio, no la palabra propia o con minúscula, es la Palabra viva, actual. No podrá ser una Palabra atemporal o proyectada al pasado. Deberá ser la Palabra entregada en palabras, en gestos y sobre todo en una vivencia de quien cree en forma real en la verdad de lo que dice. Antes bastaban las palabras; pero hoy día se pide que "nuestras palabras no hablen más fuerte que nuestros hechos" (Medellín).

Ser profeta es enfrentar a los hombres con el Evangelio y ayudarlos a entrar en "el juicio de Dios". Es saber que Cristo viene en forma inesperada "como un ladrón" (1), y así llegó en Belén y así llegó al final "cuando estaban las puertas cerradas" (2), y así viene hoy.

En otras palabras, el Profeta es un evangelizador. La Evangelización es una invitación explícita al encuentro con Jesucristo, presente hoy en la Historia, en las personas y en la comunidad eclesial.

(1) Apoc. 16,15.

(2) Jn. 20,19.

Quisiera insistir en la actualidad del Mensaje de Jesucristo que además de ser un hecho histórico o el anuncio de una segunda venida tiene todo un sentido de liberación.

"Cristo resucitado no muere más". Cristo sigue presente en la Iglesia que va transformando la Historia en Historia de Salvación, en "tiempo favorable, en día de la Salvación" (1).

Cristo está presente hoy en el movimiento de la Historia, en el cambio social, en la comunidad, en la Persona. Especialmente en los que tienen hambre y sed de justicia que poseen una capacidad muy honda de ser salvados.

Y la Misión de Cristo nos llega explicada por El mismo: "El Espíritu del Señor está en mí, porque me ha consagrado con la unción. Y me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos la liberación y a los ciegos la vista, devolver la libertad a los oprimidos, y proclamar el año de gracia del Señor" (2).

Esta liberación que trae el Señor la realiza plenamente a través de su Muerte y Resurrección, donde se constituye como el nuevo Adán.

A través de su Pascua, Cristo nos libera de toda idolatría y esclavitud, para que adoremos al verdadero Dios, cuyo rostro y amor el mismo Señor nos reveló. Nos libera del egoísmo, para vivir en el amor de los hermanos como reflejo del Amor de Dios. Nos libera de nosotros mismos, despojándonos del hombre viejo para revestirnos de Cristo y llegar a la luz y a la resurrección total con nuestra propia resurrección. Libera la materia, la pone al servicio del hombre para que éste realice su misión de dominar el mundo (3).

Asumir las aspiraciones del hombre ("signos de los tiempos") para darles un sentido de renovación y esperanza. El hombre de hoy sufre una profunda inquietud de búsqueda. El deseo de verse realizado

(1) 2 Cor. 6,2.

(2) Lc. 4,18-19.

(3) Gén. 1,28; cfr. Medellín 1,3.

como persona, la angustia de la soledad, la búsqueda incesante de la solidaridad y fraternidad, la conciencia de su propia situación y el deseo de participar, de ser más, son algunas de las aspiraciones latentes en los hombres.

En cada una de estas situaciones hay una presencia o una ausencia de Cristo.

La Evangelización es, entonces, una "interpretación" de estos "signos" de la presencia salvadora del Señor en nuestro mundo para hacerlos explícitos al hombre e invitarlo a que él mismo los encuentre.

El Mensaje Salvador de Jesucristo ofrece un sentido nuevo al hombre. La Salvación, la liberación del Señor, renueva estas situaciones llevando al hombre a su propia plenitud.

La Evangelización es el primer paso para la *catequesis* que es el desarrollo de la conversión, la educación de la fe.

Ser Profeta es entrar en todo este proceso vivo y dinámico que requiere un tipo de sacerdote "contemplativo del hoy de Dios" y sumergido en la vida y en la oración.

El laicado tiene derecho a pedirle a sus sacerdotes una visión profética. Tal vez no los comprenderá del todo, como los israelitas no entendieron a sus profetas, y como los contemporáneos de Jesús no lo comprendieron a El ni a Juan Bautista, pero este es el rol primordial y fundamental del sacerdote católico.

El Liturgo:

Jamás puede olvidar un sacerdote que "la Liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo hoy por medio de signos" (1).

La Iglesia convocada por la Palabra es el Sacramento de Dios entre los hombres. Esta sacramentalidad se expresa no sólo en la vida comunitaria, en la fraternidad, en el gozo del Espíritu, sino, de

(1) S. L., 7.

un modo privilegiado, en los signos sensibles que significan y realizan, cada uno a su manera, la santificación del hombre y la glorificación de Dios.

En ellos se hace patente el don de Dios al hombre y a la vez se celebra significativamente la entrega del hombre con toda su vida al Padre en Jesucristo, de tal modo que, para cada comunidad, aquí y ahora, se hace presente Cristo con su misión de alabanza al Padre y salvación de los hombres.

Los sacramentos son actos de Cristo para salvar al hombre en su vida de hoy. Son signos de la fe.

El Sacerdote al celebrar un sacramento debe descubrir y aceptar, en la fe, lo que, a través del signo sacramental, Dios da y pide en la vida concreta (agua = renacer; luz = luz del mundo; pan = alimento de vida eterna).

Y sobre todo en la *Eucaristía* está siempre el corazón de la vida sacramental. La Eucaristía supone una aceptación de Dios como Don y alimento, y a la vez un compromiso con los hermanos. Toda la vida cristiana consiste en realizar en lo cotidiano, lo que la Eucaristía significa.

Es en la vida diaria, con toda su lucha y dureza, donde se da el ejercicio del amor y la entrega real del hombre, pero es en la Eucaristía donde esta entrega a Dios y a los hermanos se hace explícita y se vincula sensiblemente con el sacrificio de Cristo.

Así también los otros sacramentos vinculan los momentos importantes de la vida del hombre: nacimiento, mayoría de edad, matrimonio, enfermedad, expresando y realizando al hombre nuevo en todas sus circunstancias.

Y aparece manifiesto que entre el sacerdote que preside la vida sacramental, sobre todo la Eucaristía y el Perdón, y la comunidad que con él celebra se establecerá siempre una relación profunda de amistad, de gracia y de unión.

El Pastor:

El sacerdote que asume su rol profético y da la Palabra del Evangelio orientando toda su acción a

la Eucaristía y a los sacramentos en forma seria termina, en una línea lógica, por guiar a la comunidad y a las personas.

El sacerdote pastor, igual que Cristo, "sabe lo que está en el corazón del hombre" (1), "conoce a sus ovejas" (2), y sabe discernir y valorar lo bueno. Es el hombre que sabe hacer crecer al Pueblo de Dios.

Será consciente de haber recibido "el poder para la edificación" y así "formar la genuina comunidad cristiana" (3). Ser pastor es una creación y nunca una repetición rutinaria de actos. Exige renovación y más que nada tener un corazón de pastor.

El mercenario que vende la verdad ya sea por dinero, o por prestigio, por tener un status o el funcionario que realiza acciones sacerdotales por obligación o por monotonía, no entenderá lo que es ser pastor y siempre tendrá alma de mercader.

Sólo con un corazón de pastor y en una línea profética sacramental un sacerdote realizará su triple rol en la Iglesia y sólo así ayudará eficazmente al laico a asumir su papel en lo temporal, en lo político, en lo social.

Así también llegará a la verdadera paternidad, ajena al paternalismo o posesión de las personas.

Ser pastor requiere una concretización en la vida y en la línea pastoral de una Diócesis, de una Iglesia local. En Chile ser pastor significa entrar en la preparación y formación de personas que lleguen algún día a la formación de las comunidades de base, línea del episcopado nacional. Ser pastor significa entrar en la mentalidad de la Acción Católica, en la formación de un laicado responsable y adulto. Será entrar en la mentalidad del Sínodo diocesano con todas sus consecuencias reales. El hombre que es Pastor a su manera o trabaja en una pastoral individualista o independiente, no será el Pastor que la Iglesia pide.

(1) Jn. 2,25.

(2) Jn. 10,11.

(3) P. O., 6.

El Profeta, el Liturgo, y el Pastor, forman una sola unidad integrada en el ser sacerdotal y colaboran con un proceso indivisible de santificación en los cristianos. Por lo tanto, un sacerdocio sacramentalista que no evangeliza o un sacerdocio profético que no lleve a la Eucaristía, tarde o temprano carece de una base fundamental. Sin un corazón de pastor tampoco valen las dos primeras realidades.

Un futuro sacerdote sin amor a la liturgia o con resistencia a vivir el ejercicio integral de su diaconado preparatorio a la ordenación, no podrá ser buen sacerdote. El diácono sacramentalista que no anuncia la Palabra de Dios no podrá ser ordenado para el sacerdocio. Un futuro sacerdote con mente de funcionario haría un acto de temeridad o inconciencia al pedir la ordenación.

El laicado espera de sus sacerdotes esta realidad total y así en esta mirada, el problema de identidad sacerdotal encuentra una verdadera solución.

La fecundidad sacerdotal adquiere una dimensión extraordinaria y en una plenitud de vida, las relaciones humanas y la intimidad dejan de ser una tensión intolerable.

Al estar el sacerdote en su centro tratará al laico en forma mucho más respetuosa y dialogal. No habrá competencias en los campos de cada cual.

Un sacerdote podrá tener múltiples actividades: asesor, educador, párroco, sacerdote obrero, humanista; pero si es evangelizador, si da los sacramentos en forma profunda y es un pastor, todas esas actividades están centradas en su ser y en su misión.

¿En qué espíritu desarrollar su rol?

Brevemente, en *espíritu de servicio*. Sólo así el sacerdocio no será un poder sino una fuerza. Al buscar una "función de poder" entrará en conflicto con otros grupos humanos y chocará con otros roles. Sólo en el servicio abnegado y en actitud de humildad, tiene sentido su misión. Es la visión dada por el Concilio en forma permanente. "Conviene que El crezca y que yo disminuya". "No he venido a ser servido, sino a servir".

En la sociedad el sacerdote tendrá un status resultante de su triple rol realizado en un espíritu de servicio dado por amor y con un gran desinterés.

Hay conflictos entre el laicado y el sacerdote. Se debe a problemas de falta de respeto tal vez mutuo y se debe también a falta de claridad en los roles.

El laico quiere un rol activo, participar en la vida de la Iglesia. Tiene razón. Encontrará este rol en muy buena proporción en la medida que el sacerdote asuma plenamente el suyo.

Una vida sacerdotal se justifica totalmente y es capaz de hacer feliz a un hombre. El sacerdocio es una vocación apasionante e integradora del hombre, requiere eso sí, asumirla en todas sus dimensiones.

El *estilo de vida* está subordinado al status y al rol y todos los esfuerzos bien intencionados por modificar el estilo de vida para entrar en un estilo más simple, más directo y encarnado, estarán destinados al fracaso si no se aborda la raíz del problema: el rol y la misión sacerdotal.

El sacerdote no es un laico con algunos poderes más. Posee un rol propio en la sociedad y en la Iglesia. Su estilo de vida nunca será el estilo de un laico porque posee ese rol diferente.

Los intentos de encarnación, de vivir entre comunidades de laicos, del trabajo manual obrero, son válidos siempre que se conserve la identidad del sacerdocio en forma integral y verdadera.

Cada hombre tiene un rol clave y fundamental. Si se pierde ese rol clave habrá sólo una caricatura y de mala calidad del sacerdote.

Se pide la fidelidad y la consagración a una misión porque la vocación sacerdotal es un don de Dios que se construye en los hombres, en el tiempo y en la vida. Es un don delicado que se triza o se pierde por falta de fidelidad o por no cumplir el compromiso contraído.

Ser profeta, evangelizador y hombre de Dios, es una entrega dolorosa y permanente. Creer que el sacerdocio es un valor que se adquiere una vez en la vida y no se hace crecer, es no entender casi nada y será perderlo todo. Es en el sacerdocio, posiblemente

te, donde se aplica con mayor fuerza la palabra del Evangelio: "No se puede servir a dos señores" (1).

Nunca el rostro sacerdotal será plenamente comprendido por todos y mantiene su fuerza la expresión del Card. Suhard sobre el sacerdote: "Cercano, permanece inaccesible; transparente, queda misterioso. Se le cree comprender y escapa a toda definición".

El Sacerdote y el Presbiterio

Jesucristo dejó la unidad como señal para reconocer a sus discípulos y el capítulo 17 de san Juan es toda una línea sacerdotal en ese sentido.

El Vaticano II ha dado una orientación teológica clara al tratar sobre los consejos de presbiterio, sobre la "fraternidad sacerdotal" y al restaurar la concelebración eucarística.

Para hacer realidad esta doctrina y llegar a la unidad que pide Jesús en su oración sacerdotal se requieren al menos dos condiciones:

Que se trate de hombres maduros. Capaces de convivir, no encerrados en un "pequeño mundo eclesial" y abiertos a los verdaderos problemas de la Iglesia y de la sociedad contemporánea. Un presbiterio con un sacerdocio infantil o adolescente, no logrará llegar a ser una expresión de unidad verdadera. Sólo sacerdotes enamorados de su misión, con dinamismo, con un deseo real de complementación, harán el presbiterio que se desea. Si no hay relaciones humanas verdaderas, adultas y profundas, todo esfuerzo por la unidad sacerdotal será un esfuerzo abortado y sin futuro.

La segunda condición es de aspecto sociológico.

En una sociedad tradicional la definición social del hombre era una definición sencilla y fácil. Al partir de una palabra o de una característica se podía definir lo que era un sacerdote u otro tipo humano. Era fácil determinar el grupo social al cual pertenecía y la cultura que poseía. Había grupos ho-

(1) Mt. 6,24.

mogéneos, la cultura era del mismo tipo, las jerarquías sociales eran poco diversificadas.

Hoy día todo ha cambiado y una misma persona pertenece a diversos grupos sociales y el progreso científico y técnico ha producido la multiplicidad en muchos aspectos y las consecuencias son decisivas...

La evolución que ha sufrido la definición sociológica del hombre tiene una resonancia especial en el cuerpo sacerdotal.

Se puede decir que hasta hace poco tiempo, la definición social del sacerdote era sencilla: decir de uno que era sacerdote era en la casi totalidad de los casos comunicar una información a la vez sobre su tipo de formación, su manera de utilizar su tiempo, sus opiniones políticas, su nivel cultural, su estilo de vida, su nivel económico, el mundo de sus valores, etc. El grupo "clero" era un grupo fuertemente integrado, con un alto grado de cohesión interna y una posibilidad de control recíproco constante. Era en el sentido sociológico un grupo totalitario, porque tenía el monopolio de la solidaridad posible para el sacerdote: ningún otro grupo social le hacía competencia: el sacerdote le pertenecía totalmente: durante toda su vida, a tiempo completo, con un lenguaje y una formación especial, con un uniforme clásico, con una manera de portarse especial, de cuerpo y de alma, de día y de noche, el sacerdote pertenecía a la Iglesia. Todo esto se encontraba sustentado por una valorización que se radicaba en, o por lo menos, que se refería simplemente y nada menos que al Evangelio.

El sacerdote no tenía la oportunidad de pertenencia social con varios grupos: sin familia, sin profesión, sin partido político. Se definía de una manera negativa. Y si tenía relaciones con "el mundo", dichas relaciones se encontraban siempre envueltas en recomendaciones de prudencia. Por lo demás, el peligro de contaminación era muy reducido, dado que las relaciones posibles y deseables con el "mundo" eran relaciones formales, codificadas. Se sabía lo que se podía pedir a un sacerdote, y él, a su turno, sabía cómo tenía que portarse: liturgia y sacramen-

tos eran los terrenos en donde el encuentro con el mundo era normal, posible e inofensivo.

Hoy día la situación se encuentra fundamentalmente cambiada. Este cambio se encuentra a la vista de todos. La evolución que ha afectado a la definición social de todos los hombres ha afectado también a la definición del sacerdote. La imagen sacerdotal se ha diversificado, individualizado. La uniformidad de ayer se ha quebrado. La sotana es solamente un elemento entre muchos. Cada día se nota más urgente la tendencia hacia una pluripertenencia social y cultural del sacerdote. Sacerdote obrero, profesor, asesor, párroco, etc.

Vivimos una situación inédita. Los sacerdotes de ayer eran ejemplares uniformados de una misma serie que se podían intercambiar fácilmente. El ejercicio de la autoridad era fácil porque los obispos eran jefes de un grupo totalitario, sin posibilidades de ensayarse, de probarse y de comparar el grado de satisfacción según que se hacían miembros o por lo menos solidarios de este grupo y no de este otro. Hoy día se encuentran miembros de un gran número de grupos. Y es necesario decir, no son diferentes solamente por la distinta pertenencia de los sacerdotes salidos en acciones misioneras, o porque quieren hacerse solidarios con grupos específicos. Son diferentes porque quieren serlo, porque sienten que esta pluripertenencia es una condición fundamental de su equilibrio y de su crecimiento personal.

Los sacerdotes de ayer eran formados, moldeados dentro de una especie de antesala del gremio eclesiástico: el seminario. Hoy día los candidatos al sacerdocio, sienten que el sacerdocio no se recibe, sino que se conquista, se inventa.

Si se aceptan estos puntos de partida y se desea encontrar soluciones habrá que tener en cuenta las siguientes condiciones:

No volver atrás. Tomar acta, aceptar e incluso valorizar la evolución descrita, renovarse y seguir adelante buscando nuevas formas de hablar y de vivir entre sacerdotes y con el Obispo.

Tomar en serio los planteamientos del Vaticano

II. Muchas veces en la práctica nos quedamos atrás. El análisis de la problemática sacerdotal, la elección de las prioridades, la colación de los recursos personales y materiales, la evaluación y crítica de la praxis pastoral suelen llevarse en un esquema piramidal ya superado.

Se requiere además tomar en cuenta que la mayoría de los sacerdotes de hoy no han sido preparados adecuadamente para poder vivir satisfactoriamente en nuestra sociedad. Las generaciones de más de 30 ó 35 años parecen ser las que, desde el punto de vista psicológico, soportan más dolorosamente su situación. Los mayores, con frecuencia, no se dan cuenta de su desubicación. Su rendimiento pastoral no es mejor, pero por lo menos no sufren, o lo llevan con más reciedumbre.

Junto con estas condiciones es necesario un espíritu. Creer que el precepto del Señor es el precepto de la caridad. Se pide un esfuerzo de amor, comprensión y buena voluntad. La unión sacerdotal en torno al Obispo no se hará únicamente en principios o con leyes sociológicas. Se pide un paso efectivo de comprensión y así será posible reabrir diálogos, derribar murallas y llegar a la real "fraternidad sacramental" que pide el Concilio.

Aceptando estas condiciones y en ese espíritu de caridad se puede configurar un presbiterio en torno al Obispo. Es esa la finalidad de los Consejos de Presbiterio y es esa la posibilidad de presentar en una Diócesis la imagen sacerdotal total o siquiera menos imperfecta.

Cada sacerdote tiene sus cualidades y limitaciones personales. De hecho presentará siempre un aspecto parcial del Cristo, único sacerdote perfecto. El mismo Obispo tampoco logrará en su persona mostrar al Cristo total y completo.

El cuerpo sacerdotal, al llegar a formar el Consejo de Presbiterio, deberá buscar el enriquecimiento de todos los sacerdotes en una complementación mutua, respetando las personas. En una actitud dinámica, creadora y audaz, deberá ir realizando el sacerdocio del futuro, lugar en donde se unificarán todas las búsquedas del presente.

Hay hombres más carismáticos que otros, existen organizadores, orientadores espirituales; uno será espléndido confesor y el otro podrá dar mejor la Palabra de Dios en la predicación. Habrá sacerdotes más dotados para la juventud o para el mundo obrero o rural. Hay valores intelectuales, o prácticos, etc. Pero todos deberán integrarse en la única preocupación fundamental: anunciar al Cristo Resucitado y hacer avanzar el Reino.

El Consejo de Presbiterio deberá ser el motor que impulse a cada sacerdote a responder eficazmente al llamado que el Señor le hace en la misión que le ha encomendado.

No es un asunto meramente sociológico o humano. Es un problema de gracia y de amor.

El Sacerdote y el Obispo

La relación Obispo-sacerdote entra también en un tiempo nuevo. Hay dificultades para armonizar autoridad-obediencia; colaboración-participación; bien común y bien personal.

Los sacerdotes aceptan en la fe que el Obispo es sucesor de los Apóstoles y que ellos viven un sacerdocio de participación del sacerdocio en plenitud que posee el Obispo; pero en todo este cambio de sociedad y en la nueva concepción de Iglesia como Pueblo de Dios, el Obispo entra también en una crisis de identidad y es una figura cuestionada.

"El Obispo sabe que debe escuchar a sus súbditos para descubrir la voz del Espíritu. Pero la fidelidad a la Palabra le exige a veces disentir de los juicios de los otros. Sabe que debe tener un corazón de padre, hermano y amigo, pero sabe, también, que el definitivo servicio para el bien pleno de sus hijos, hermanos y amigos, le impone actitudes de firmeza apostólica y de aparente dureza evangélica.

"Su magisterio es discutido. Su autoridad rechazada o disminuida. El Obispo es hoy con frecuencia el centro de las "contestaciones" y "críticas" en el seno mismo del Pueblo de Dios. Al Obispo se le exige mucho, se lo examina cotidianamente, se lo

interpela y discute. Con frecuencia más allá de sus justas reclamaciones. En todo caso, sin la justicia de comprenderlo en la misteriosa pobreza de sus límites humanos.

“Es cierto que el Espíritu de Dios nos está llamando a los Obispos —a través de las contestaciones y crisis— a una revisión de nuestras actitudes fundamentales, a una más profunda comprensión de nuestra misión ministerial, a una más humilde y generosa asunción de nuestra insustituible diaconía episcopal. ¿Es muy duro decir que necesitamos cotidianamente convertirnos?” (1)

En todo el contacto entre sacerdote y Obispo hay realidades de fe, realidades de relaciones humanas no bien logradas y situaciones difíciles. El problema de fondo está en la concepción de la autoridad.

El concepto de autoridad

Las instituciones poseen siempre un sistema de autoridad para lograr una cohesión indispensable y “los sistemas de autoridad que pueden existir en la Iglesia son numerosos: las formas de autoridad no han sido reveladas por Cristo y sus alusiones se expresaron siempre en términos de servicio. En la Historia las formas concretas se desarrollan y cambian, según las circunstancias. Algunas fueron más democráticas que otras. Si la Iglesia es ahora considerada más como Pueblo de Dios que como organización, la importancia dada a la función de la autoridad debe disminuir” (2).

Hemos entrado en un nuevo sistema y pasamos a una autoridad más democrática. No hemos entrado a la democracia sino a un sistema nuevo del cual la *colegialidad* episcopal es un modelo aplicable a los presbiterios y a las relaciones personales entre el sacerdote y su Obispo.

(1) Mons. Eduardo Pironio, “La figura teológico-pastoral del Obispo”, Boletín del CELAM, pág. 8, número 34.

(2) F. Houtart, op. cit., pág. 88.

No es posible seguir pensando en un sistema monárquico y la doctrina de la colegialidad, el diálogo bien entendido, el deseo de participación, y todo el proceso de personalización y de respeto a las personas y a las conciencias, trae un nuevo tipo de relación entre autoridad y quien recibe su orientación.

Se debe escuchar a los sacerdotes antes de tomar decisiones y se requiere tomar las decisiones en común. El sacerdote desea ser tratado como persona adulta y tiene razón. Necesitan superarse los tratos paternalistas y carentes de respeto. Dar explicaciones de los actos de gobierno es vital para todo sacerdote.

No es posible ignorarse y no vivir en un clima de lealtad, de apertura y sinceridad y es penosa la frase de un Obispo el día de su consagración episcopal: "Desde hoy nunca más se me dirá la verdad".

Tanto el sacerdote que huye de su Obispo o vive en forma subterránea su ministerio como el Obispo que no logra escuchar y dialogar, trizaron una relación que debe ser cristiana, fraternal y de amistad.

El régimen de autoridad en la Iglesia es original y Cristo lo recuerda al compararlo con el régimen de las naciones: "No será así entre vosotros" (1). "Que el que manda sea como el que sirve" (2), y es esa su originalidad fundamental.

La autoridad "no hace hijos, sino hermanos". Mandar, entre cristianos, es servir, es hacer crecer, y lograr que el Espíritu Santo ilumine las personas y las situaciones.

La autoridad debe procurar un clima y una situación que haga posible escuchar la voz del Espíritu y hacernos dóciles a sus inspiraciones y sugerencias.

Por razones históricas se exageró "el principio de autoridad" y lógicamente ha venido hoy la reacción contraria. El problema clave es ahora reconciliar autoridad y libertad. Se requiere tiempo y madurez.

(1) Lc. 22,26.

(2) Jn. 13,4-15; Lc. 22,24-27.

El Obispo seguirá siendo un solitario en la Iglesia mientras no logren los sacerdotes y el Pueblo de Dios ayudarlo a encontrar nuevas expresiones de su imagen y de su misión de jefe.

Conviene recordar que toda imagen y toda autoridad es construida, en cierta proporción, por aquellos que lo rodean.

Al Obispo se le exige hoy: "sabiduría, bondad y firmeza. Sabiduría para ver, bondad para comprender, firmeza para conducir. Son virtudes del jefe verdadero. Pero son sobre todo, virtudes del Padre, del Pastor, del amigo" (1).

4. *El sacerdote en relación con el mundo*

Al pensar en la relación sacerdote-mundo se ve la necesidad de excluir dos posiciones: la separación extrema o divorcio y la fusión.

El sacerdote, separado en forma extrema del mundo, podrá tener alguna relación, pero será tan tenue y débil que no será posible una influencia real o efectiva en el mundo y vice-versa. Se cruzarán mensajes distantes y de poco contenido.

La separación extrema creó una imagen sacerdotal alejada de la vida, atemporal, inaccesible y difícil. Después del Concilio Vaticano II este divorcio ha terminado y ya no es posible seguir en esa línea. La relación Iglesia-mundo ha dado un giro total y esta visión frente al mundo ya no va más.

La fusión es el perderse el uno en el otro, o sea están tan próximos que se pierde toda identidad. Y por lo tanto la relación está destruida, el uno no puede aportar nada al otro ya que ambos desaparecen. Es la visión de Iglesia que sólo es un servicio al mundo y deja de tener una misión determinada de anunciar a Jesucristo a ese mundo.

Si la Iglesia es sólo "una institución de crítica social" o es marcada en forma exclusiva por la antropología o por la humanización, pierde su razón de ser y el sacerdote proyectado en esta Iglesia no

(1) Mons. Pironio, op. cit., pág. 15.

tiene identidad alguna. Un sacerdote o una Iglesia que deja de ser testigo de la iniciativa de Dios, de su valor absoluto y del Señor Resucitado, llega a su autodestrucción.

Importa descubrir nuestra ubicación frente al mundo de tal modo que podamos leer el acontecer e interpretarlo a la luz de Dios. Por eso la tercera posición es la que parece adecuada. Un matrimonio con el mundo, pero éste en toda su realidad para que así podamos ejercer nuestra tarea de servidores. Superar el apasionamiento de los primeros años como también la rutina de los que ya han vivido mucho tiempo juntos y empezar día a día renovando, recreando nuestro amor y servicio, nuestro compromiso y nuestra gratitud.

Un sacerdote inmaduro producirá tensiones falsas. Tal vez mostrará falsas encarnaciones y no logrará mostrar una imagen sacerdotal interesante. El hombre que no ha encontrado su identidad como sacerdote no podrá participar en la marcha del mundo en forma sana.

El sacerdote "avanzado" de hoy aporta grandes "intuiciones". No basta "intuir" una inserción en el mundo sin superar la inconsecuencia, la falta de respeto con las personas, la autosuficiencia, etc., frutos de una adolescencia retardada.

En contrapartida, el sacerdote que carece de apertura e imaginación también constituye un deterioro en la imagen sacerdotal y quien está contra los cambios y sigue encerrado en su castillo, separado del mundo, tampoco entregará una imagen sacerdotal aceptable.

El ideal es el hombre maduro que logra hacer la síntesis total; pero estos sacerdotes siempre serán una minoría y en una época en crisis será más difícil encontrar esta sabiduría cabal.

¿A qué mundo debe servir el sacerdote?

El mundo al cual debe servir el sacerdote, es el mundo de hoy; no es en ningún caso el mundo de ayer; es más bien el mundo de mañana porque es el mundo del mañana el que al nacer, está reemplazando al mundo de ayer.

El mundo de hoy es un mundo que se transforma a un ritmo cada día más acelerado. Los descubrimientos científicos y sus aplicaciones técnicas son los resortes esenciales de este cambio. Fundamentalmente son las relaciones del hombre con la naturaleza y las relaciones del hombre con el hombre que se encuentran modificadas por no decir revolucionadas de manera cada día más profunda y rápidas.

Se habla de civilización científica, técnica, planificada; se habla de urbanización, de industrialización. Se va repitiendo que entramos en la era de las computadoras o del espacio. Se fabrican incluso palabras nuevas como secularización, desacralización, demitización. Se describe nuestra sociedad como una sociedad pluralista en donde no se celebra nada sino la muerte de Dios... Cualquiera sea el ángulo de análisis que se escoja, lo cierto es que estamos presenciando un espectáculo apasionante, novedoso y estremecedor a la vez: el nacimiento de un hombre nuevo, el nacimiento de un mundo nuevo.

Trataré de bosquejar rápidamente algunas de las características de este hombre nuevo que se está dando a la luz hoy en día. Con el ánimo de subrayar los rasgos que nos parecen más estratégicos en cuanto aclaran mejor el quehacer sacerdotal.

El hombre, digámoslo así, moderno, es cada día más un hombre que vive en la ciudad y aun el campesino es fuertemente influenciado por el ambiente urbano.

El hombre moderno es un hombre que mira cada día más hacia el futuro; el pasado, la fidelidad a la tradición, ya no tienen para él fuerza de ley; al contrario, se ven de una manera cada vez más negativa. Además, implícita o explícitamente, se piensa que el futuro, por el hecho de ser futuro, debe ser mejor que el pasado.

El hombre moderno es cada día más un hombre poderoso y consciente de su poder. Hace la experiencia, cada día más apasionante, de su capacidad de conocer, de dominar y de transformar la naturaleza. Se siente más bien desafiado que aplastado por lo que queda sin explicación o incontrolado. En el

campo de las relaciones humanas espera también, dado lo ya logrado, alcanzar un alto nivel de precisión científica y matemática en sus análisis y un alto grado de eficiencia en sus previsiones, planificación, etc.

Estos son los tres rasgos que nos parecen más importantes; pero son demasiado generales, en el sentido que valen para el hombre moderno en general. Habría que buscar de manera más precisa cuáles son los rasgos del hombre latinoamericano, del hombre chileno e incluso del hombre de esta región del Maule.

Es necesario aquí reconocer las características socio-económicas, políticas y culturales de nuestro continente y de nuestro país específicamente.

Si seguimos valorando un estilo de vida litúrgica, familiar, social, religiosa, moral, de corte tradicional campesino, el hombre de hoy y mucho más el de mañana nos confundirá con el pasado y no podremos hacernos oír. Podremos sí amenazarlo y condenar. Pero condenar y servir son dos cosas distintas; ponerse encima de uno para juzgarle y ponerse a su disposición para que pueda alcanzarlo la buena noticia del Evangelio son dos actitudes bien diferentes.

Si al hombre moderno le hablamos de un dios celoso para con el hombre, de un dios que, en el fondo, por ubicarse en el mismo nivel que el hombre o la naturaleza, es un ídolo, este hombre moderno no podrá entendernos. Muchas de las cosas que sus antepasados le atribuían al dios todopoderoso (lluvia, sequía, guerra, cualquier fenómeno social o de la naturaleza), el hombre moderno sabe que para producirlos o explicarlos no necesita de Dios. Y tiene la impresión de que la fe es una cuestión de niños o de mujeres u hombres técnica e históricamente subdesarrollados. El dios parche, el dios agencia de auxilios siempre abierta, el dios muleta, se ve cada día más inútil y en cuanto aliena al hombre, más peligroso. El hombre moderno sabe que él es responsable. Ya no le gusta que situaciones contingentes, muchas veces injustas, le sean presentadas como

la expresión de la Voluntad de Dios, de un Orden inmutable, del Misterio del Mal obrando irremediabilmente en este mundo, o de la Ley natural.

Para él todas estas expresiones, lejos de hablarle de Dios y de provocar su adoración delante de tanta majestad, lo hacen ponerse de pie frente a lo que interpreta como un insoportable desafío a su dignidad y responsabilidad de hombre.

Tal vez algún lector, al recorrer estas líneas, se estará preguntando: "Pero, ¿cómo es posible? ¿Entonces para hacerse escuchar tenemos que cambiar nuestro Mensaje? Dado que no se vende la mercadería que estábamos ofreciendo, vendamos otro tipo de mercadería. Esto se llama demagogia, esto no es el Evangelio. No es el mundo, no es el hombre moderno el que tiene que evangelizarnos a nosotros, somos nosotros los que tenemos que evangelizar al mundo y al hombre moderno. No nos pertenece el Mensaje: tenemos, antes que nada, que guardar cuidadosamente el depósito de la fe".

Esto es cierto. Pero también lo es el que no podemos culpar al Espíritu de Cristo Resucitado por no dejarnos el monopolio de su representación en el mundo y la historia. Es que toda la historia es historia santa, y no sólo la que hacemos nosotros, los sacerdotes o los cristianos.

Más específicamente, pienso que el hombre de hoy, al valorar el futuro, nos hace redescubrir la dimensión dinámica, escatológica, de nuestra fe en Cristo; dimensión que siempre hemos tenido por acertada, pero que nunca con excepción de las primeras décadas de la era cristiana, hemos experimentado tan vivencialmente como hoy día. Siempre hemos creído que la vocación del hombre es dominar la tierra y someterla, pero nunca tanto como hoy día, los hombres habían cumplido tan apasionada y eficientemente con esta misión. Siempre hemos creído que a Dios le gustó el hombre que había creado, y que después de haber dado su vida por él, le amó más todavía; pero pienso que este hombre nunca más que hoy día, se manifestó tan grande, tan deseoso de vivir plenamente, tan hambriento de liber-

tad y de justicia. Siempre hemos creído que el mundo, por haber sido creado y redimido por un Dios bueno, era bueno; siempre lo hemos creído, pero nunca tanto como hoy día nos parece tan importante, nunca como hoy día le hemos tomado seriamente en cuenta, nunca como hoy día nos hemos apasionado por su mejoramiento. Siempre hemos creído que el hombre era un ser inteligente y libre, pero nunca como hoy día el hombre tuvo tanta sed de liberación, es decir, nunca llenó con un contenido tan concreto este afán de liberación.

Y si nosotros seguimos hablando de una liberación solamente espiritual, si seguimos hablando de un dios pequeño, no somos sacerdotes de nuestro tiempo. Hemos nacido con unos siglos de atraso y nos amargamos. . .

Es que Dios, el Dios de la Biblia y del Evangelio, no interviene en este mundo como un hombre más grande o más poderoso. Tanto tiempo lo habíamos confundido con lo que el hombre no podía hacer ni explicar. Al darse cuenta del engaño, muchos nos abandonan. Y somos nosotros los culpables. Hablamos mucho de los signos de los tiempos pero no los vemos: este es uno de los principales: hoy día se nos pide que descubramos una nueva cara de Dios. Se nos pide que inventemos una nueva manera de hablar de Dios, se nos pide que experimentemos su presencia de un modo inédito. Tenemos que dejar al lado lo que el hombre moderno nos dice ser puros ídolos. Andamos ubicando a Dios por todas partes, como si nos perteneciera. Por supuesto que podemos cerrar los oídos para no tomar en cuenta las interrogantes de nuestro tiempo: el encerrarnos en nuestra comodidad interior para tener más seguridad es más fácil; podemos repetir fórmulas usadas y patentadas para estar más seguros de no equivocarnos, pero en este caso no cumplimos con nuestra misión evangelizadora.

Y si tenemos suficiente valentía para dejar de confundir a Dios con la cara que le hemos prestado o las etiquetas que le hemos pegado, en lo más profundo de nuestro dolor, en lo más negro de nuestra

angustia, de lo más hondo de esta ausencia o muerte de Dios, le agradeceremos por habernos dado a entender que El es mucho más grande, a la vez mucho más adentro y más allá y mucho más acá de lo que habíamos pensado. Hoy día más que nunca "no se puede ver a Dios sin morir", sin morir entre otras cosas, a una concepción caduca de Dios. No se puede hacer el hombre nuevo sin que muera el viejo. Por supuesto que nos gustaría más poder conservarlo todo, pero no se puede. La vida no se rige por la acumulación y amontonamiento. ¿Cómo podemos celebrar litúrgicamente el Misterio Pascual si no lo vivimos personalmente?

¿Qué significan nuestras Misas si son la expresión ritual del misterio de la muerte y resurrección de Jesús tal como se reproducen concretamente en el mundo de hoy? Es que no se terminaron todavía ni la Pasión, ni la Resurrección de nuestro Señor: son solamente como un dibujo: nosotros somos los que tenemos que pintarlos, que llenarlo con nuestra vida y la vida del mundo.

Adentro del esfuerzo del hombre por dominar el mundo, por arreglar mejor la ciudad, por liberarse de todas las alienaciones y de todos los miedos; reconocer que es el Espíritu de Jesús Resucitado el que está trabajando, esto es ser sacerdote hoy día; dar gracias, agradecer por este mismo Espíritu que a través de las capacidades creadoras del hombre, y no sólo en unión con ellas, está haciendo crecer un mundo nuevo adentro del viejo, esto es cantar un Prefacio para nuestro tiempo, esto es decir Misa hoy día, esto es ser sacerdote en el mundo de hoy.

Además de todo esto, y en la misma línea, ¿no habrá una manera de ser sacerdote específicamente chilena? Es que, hoy en día, a lo mejor, no existe el hombre chileno, sino que existen solamente copias más o menos imperfectas y deformadas de una manera de ser hombre, que se da como *la* manera de ser hombre. Y nos llega con tanto prestigio que nos hipnotiza. Como si hoy día no se presentara para nosotros chilenos ninguna posibilidad concreta de expresar nuestra iniciativa histórica. Otros hombres

y otras naciones, en el enfrentamiento con la naturaleza, y en su lucha por organizar mejor la sociedad, se abrieron una ruta tan larga y tan prestigiosa. Es como si nos removieran el piso. No vemos ninguna solución sino la de imitar a los "grandes".

Al Pueblo de Dios que, seducido por el prestigio del dinero o de las armas, andaba buscando apoyo, ora en Egipto, ora en Asiria, los profetas no solían hablar en parábolas. Nosotros creemos que el Espíritu de Cristo necesita de nuestra imaginación, capacidad creadora, dedicación, para que nazca verdaderamente, es decir, por primera vez, una manera todavía inédita de ser hombre y de vivir entre hombres. Que nuestra mediocridad o nuestra pereza no vayan a empobrecer y amputar la infinita gama de realizaciones históricas que el Espíritu Santo, en su riqueza infinita, quiere realizar: "no ahoguemnos ni contristemos el Espíritu" (S. Pablo).

¿Qué servicio debe dar el sacerdote al mundo de hoy?

Que haya alguien que pueda estar presente a todo el hombre y a todos los hombres. Estamos comprometidos y somos responsables de una enorme empresa: salvar el hombre, conducirlo a la imagen de Jesucristo para entregárselo renovado. Este es nuestro servicio. Es inmenso y contamos con pobres herramientas para hacerlo: nosotros mismos. No nos engañemos con la ciencia y la técnica, con la política y con las organizaciones. Ellos no siempre liberan al hombre, sino que pueden ser un eslabón más de la pesada cadena que va quitando libertad a nuestros hermanos.

Redescubramos los valores evangélicos que han sido puestos en germen en nuestra vida por el Bautismo y el Orden. Estamos llamados al servicio en la pobreza, en la obediencia y en la castidad, tres fuerzas que cada vez que las vivimos nos van humanizando y divinizando.

La pobreza que nos permite participar de todas las riquezas de este mundo sin esclavizarnos de ninguna. Sabemos que nuestro Dios está más allá de

todas ellas y por tanto nos permite relacionarnos con todos y amarlos sin poseerlos.

La castidad que nos enseña a participar de todos los amores permaneciendo siempre libres. Hay tan pocas personas que pueden hacer esta experiencia y cuán necesaria es para salvar al hombre.

La obediencia que nos lleva a vivir en dependencia como Jesucristo del Padre de los Cielos y como todo cristiano en dependencia de Cristo cabeza de la Iglesia, cuyos signos concretos son el Santo Padre y los Obispos. Atentos a todo lo que pasa en nosotros y en los demás, para escuchar la voz de Dios y responder prontamente.

Tenemos que creer que los valores del Evangelio son inmensamente humanizantes. Vivir con la fuerza de Dios.

Hay una corriente sacerdotal que piensa en la *política de partidos* para liberar al hombre y al mundo. Es una ilusión peligrosa y superficial. El rol sacerdotal va mucho más allá que abanderizarse en un partido determinado. El sacerdote es constructor de la ciudad.

Es verdad que "no hay, en la definición de sacerdocio, nada que contradiga intrínsecamente un compromiso temporal". No son incompatibles y el sacerdote es un ciudadano de la tierra, "no es un super cristiano". Está situado en otra línea porque constituye en el seno de la Iglesia una función o sección especial que no lo pone por sobre la sociedad civil.

"No hay nada en la política que deba mantenerla alejada del sacerdocio. Tiene sus peligros —pasiones, odios, . . . — pero los peligros se enfrentan, no se evaden" (1).

Pero la dificultad de la política y el sacerdote reside en que la misión sacerdotal tiene dimensiones mucho mayores y la imagen sacerdotal disminuye al entrar en política partidista.

(1) Roger Veckemans, Sacerdocio y Política, "Teología y Vida", Vol. XI, 1970, Nº 1, pág. 48.

Finaliza Roger Veckemans, s.j., su trabajo sobre sacerdocio y política, diciendo:

“El sacerdote, por el carácter mismo de su ministerio, no tiene experiencia en política, su punto de vista sobre lo político no es el mismo que el del político “profesional”. Esto hace que sea fácil presa de los políticos avezados para utilizarlo partidistamente, aprovechando su condición de “animador de comunidades”. Esta intromisión en materias ajenas a su competencia explica, también, el rechazo de la sociedad.

“Es bueno que el sacerdote esté convencido y manifieste a través de todo su estado de vida que no espera el progreso de su ministerio y del Reino por medios humanos y menos aún por la presión política. La tentación de creer ir más rápido a través de medios humanos es grande para él, y la confusión se hace casi inevitable en el espíritu de los hombres cuando él se dedica activamente a la acción política, cuando ejerce además una responsabilidad de gobierno o próxima del gobierno de la ciudad política.

“El sacerdote debe guiar e iluminar a los cristianos en la búsqueda de una estructura política justa; debe llegar hasta el momento doctrinal —entendido en su buen sentido— y dejar que los laicos tomen la responsabilidad y la iniciativa de la acción política, permaneciendo libre para apoyar su “edificación” con su crítica constructiva. Así evitará “jugar” al laico, como lo previene el Concilio, con otras palabras, evidentemente.

“A. Manaranche hace tres “consideraciones generales” que con mayor propiedad podrían denominarse “consejos”. En primer lugar, sostiene, el sacerdote debe “desapasionar y relativizar su problema nacional” y también su caso personal. Es decir, es preciso evitar el chauvinismo clerical y el individualismo cerrado: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (1). De aquí surge la segunda observación de Manaranche: hay narcisismo en el sacerdote al

(1) Gál. 2,20.

tratar su "situación sin ninguna referencia teológica a su misión...; no evitará la interrogación fundamental: sacerdote DE quién y PARA QUIEN". La tercera "consideración-consejo" sostiene que el sacerdote "no debería encerrarse en su búsqueda sin la opinión y el consentimiento de los otros cristianos, como si fuera capaz él sólo de resolver su problema independientemente de ese pueblo de Dios para el cual él está hecho y que tiene el derecho de dar su parecer en la materia; si no, volvería a caer en ese clericalismo aborrecido, del cual tiene mucha razón, por otra parte, en querer alejarse".

"Como puede verse, el peligro del clericalismo aparece una y otra vez, desde distintos puntos de vista, y subyacente a él, como la otra cara, se encuentra el peligro opuesto: el "angelismo", el sacerdote que pasa al lado de los hombres con la mirada puesta en el Reino, sordo a las angustias humanas.

"La verdadera dimensión del compromiso sacerdotal en política, se da en lo positivo de una solidaridad y no en los extremos de una bipolaridad negativa, como lo es el clericalismo o el angelismo" (1).

Otra corriente sacerdotal piensa en la inserción en el mundo a través del trabajo, en especial del *trabajo manual o profesional*.

La apertura a la multiplicidad de situaciones abre este camino valioso y legítimo. Es una opción verdadera y de grandes proyecciones en la imagen sacerdotal.

Se exigen algunas condiciones:

a) Una vocación para ese trabajo. Condiciones, cualidades, intereses, habilidades o preparación eficiente. No puede ser para ganar dinero o porque "hay que hacer algo".

b) Una relación con la pastoral y el sacerdocio. Un trabajo manual o profesional para afirmar la personalidad de un sacerdote es una evasión a la

(1) Roger Veckemans, op. cit., pág. 250.

crisis de identidad y tarde o temprano terminará en una opción: o dejará el sacerdocio o dejará el trabajo. Presupone hombres maduros identificados con su sacerdocio y con amor a la Iglesia y al apostolado.

c) Integración en una Diócesis. No se trata de franco-tiradores o sacerdotes extraordinarios que presentan imágenes de un sacerdocio aislado del Obispo, del presbiterio y del laicado responsable. El sacerdote solitario es dañino en cualquier cuadro y en este tipo de actividades es más fuerte este desajuste. Debe ser un trabajo asumido en comunión con el Obispo, en la Iglesia, y por amor a toda Ella. De otro modo es una experiencia personal interesante y punto.

d) Manteniendo una labor sacerdotal posible. Es importante para ello el tipo de trabajo, los horarios, el ritmo de trabajo. El trabajo debe estar subordinado al apostolado y no vice-versa.

e) Finalmente será necesario asegurar una permanencia real de oración, contemplación y estudio. Es obvio: pero pareciera olvidarse. Si el sacerdote no puede rezar, reflexionar, a corto o largo plazo, es un sacerdote que se pierde vitalmente. No llegará fatalmente a dejar el ministerio, pero no será el hombre que Dios necesita.

Hay corrientes partidarias de un compromiso temporal político que no se ven acordes con el sacerdocio, hay corrientes que proponen un compromiso con el trabajo manual o profesional y así se va generando una nueva relación con el mundo y el sacerdote.

Subsiste la pregunta de fondo: ¿Qué servicio debe dar el sacerdote al mundo de hoy?

Fundamentalmente debe entregar a Cristo Resucitado y mostrar esta presencia de Cristo en toda la vida.

Hay problemas de estilo, habrá compromisos en lo temporal. Siempre será necesario dar este servicio con una mentalidad evangélica, usando "los medios pobres", creyendo en el amor, en la fuerza

de la Cruz, en la oración verdadera, en la pobreza, etc.

Sin una mentalidad evangélica real vendrá la tentación de dominar en lugar de servir y el peligro de usar al Evangelio, de usar a Jesucristo con finalidades no muy limpias.

El servicio mejor que puede dar un sacerdote será mostrar que es imposible superar a Jesucristo y que sólo El es el Salvador de la humanidad.

Para ser sal de la tierra, levadura en la masa, luz del mundo, se hace necesario entrar en la mirada de la fe, en el mundo de la gracia y con una mirada nueva y transparente. Tal vez hoy día hemos caído en la tentación del poder y hemos entrado en un neoclericalismo que tiene poco que ver con el Evangelio.

Siempre la relación del sacerdote y el mundo será difícil porque siempre "la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre en forma simultánea", que pide el Concilio, será fruto de una madurez y de una santidad muy profunda.

"Por eso creemos que en el momento actual *los santos* tendrán una palabra importante que decir y algo muy importante aún que realizar. Como siempre, la fuerza renovadora aparecerá en toda su energía en hombres y mujeres que hayan sido verdaderamente cautivados por el misterio de Dios. Es bien probable que su comportamiento nos resulte extraño y desajustado con nuestras previsiones. Pero es absolutamente cierto que serán hombres humildes, verdaderos adoradores en espíritu y en verdad, sinceros hijos de la Madre Iglesia, pacientes, capaces de venerar en los Pastores legítimos la presencia del Señor, puros de corazón y siempre en búsqueda de purificación. Sin quererlo nos darán lecciones de pobreza, y sin saberlo serán profetas. Tal vez no se distinguirán por su ciencia universitaria ni conocerán muchas distinciones científicas, pero tendrán una fe simple y sólida y no se ruborizarán de profesar la fe de nuestros padres. No desdeñarán la teología que se esfuerza en exponer las páginas de la Es-

critura a la luz de la tradición cristiana y católica, pero serán quizás los depositarios de una sabiduría más alta y más definitiva. (...) Sabrán descubrir todos los destellos de la verdad dondequiera que afloren, y tendrán la capacidad de integrarlos sin vulnerar la fe. No cerrarán los ojos para ignorar que en el seno de la Iglesia hay pecado y pecadores y que las limitaciones no son, por desgracia, sino muy evidentes, pero su espíritu no se dejará arrastrar por una crítica amarga, desdeñosa o casi condenatoria del pasado. Tendrán la suficiente modestia para darse cuenta que carecen de muchos elementos de juicio y que, en definitiva, hay un sólo Juez a quien el Padre entregó la tarea final de discernir. Por lo mismo podrán tener hacia la Iglesia una mirada llena de amor, aun cuando su rostro aparezca desfigurado, semejante a un gusano, sin belleza ni gloria. Podrán decir cosas terribles con amor, temerán ser víctimas de la tentación del poder y se sumergirán con esperanza en las noches de las purificaciones precursoras de la manifestación de Dios. Sus obras serán quizás juzgadas pequeñas, irrelevantes, limitadas, y gustarán el fruto amargo del fracaso. Tal vez partirán sin haber logrado tener un trozo de tierra como propio. Sin embargo su eficacia se revelará en el día de la verdad con relieves que sorprenderán a los que no hayan terminado por aceptar las paradojas del Reino de Dios. Pasarán por lo menos muchos de ellos, desapercibidos y silenciosos. La prensa no se ocupará de ellos porque no tendrán nada de espectacular. No serán vistos. Pero tendrán la capacidad de ver a Dios y al mundo con los ojos de Dios. Y esos hombres no faltarán. En su corazón está lo mejor de la Iglesia y ellos serán sus más sólidos pilares porque el Señor estará en ellos y ellos en el Señor. Participarán en la misión de María, a quien llaman bienaventurada todas las generaciones cristianas" (1).

(1) Jorge Medina, "Crisis en la Iglesia", Teología y Vida, Vol. XI, N° 1, pág. 18, 1970.

Impreso en los talleres de E. P.,
Vicuña Mackenna 10777,
Santiago de Chile
Octubre de 1970